

El padre pródigo

La presente publicación es parte del premio otorgado a Flavio González Mello como ganador del primer lugar en el género dramaturgia del Certamen Internacional de Literatura Letras del Bicentenario “Sor Juana Inés de la Cruz”, convocado por el Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, en 2010. El jurado estuvo integrado por Estela Leñero Franco, Mercedes de la Cruz y Hugo Salcedo.

Esta obra fue escrita por el autor gracias al apoyo del Sistema Nacional de Creadores del Arte, del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes.

Leer para lograr en grande

COLECCIÓN LETRAS



dramaturgia

FLAVIO GONZÁLEZ MELLO

El padre pródigo



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Eruviel Ávila Villegas
Gobernador Constitucional

Ana Lilia Herrera Anzaldo
Secretaria de Educación

Consejo Editorial: José Sergio Manzur Quiroga, Ana Lilia Herrera Anzaldo,
Joaquín Castillo Torres, Eduardo Gasca Pliego,
Luis Alejandro Echegaray Suárez
Comité Técnico: Alfonso Sánchez Arteche, Félix Suárez,
Marco Aurelio Chávez Maya
Secretario Técnico: Ismael Ordóñez Mancilla

El padre pródigo

©Primera edición: Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México, 2011

©Segunda edición, 2016

DR © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C.P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Flavio González Mello

ISBN: 978-607-495-525-5

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 205/01/66/16

Impreso en México

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

Personajes

HERNÁN: prófugo de la cátedra, 53 años.

CECILIA: su esposa, 51 años.

CECI: la hija mayor de ambos, 28 años.

NAN: el hijo menor, 24 años.

JAIME: novio de Ceci, 28 años.

LAURITA: novia de Nan, 21 años.

CAMARGO: novio de Cecilia, 60 años.

ANALÍ: acompañante de Hernán; apariencia adolescente, edad y parentesco indefinidos.

Espacio

Sala-comedor de un pequeño departamento de clase media universitaria. Repisas cargadas de libros forran las paredes. Mesa para seis. Sillón para tres. Puertas a las escaleras del edificio, a la cocina, al baño de visitas. Un breve pasillo conduce a las tres recámaras y al baño del fondo. Junto a la entrada del departamento, el estudio: un par de metros robados a la sala, con un librero haciendo las veces de pared divisoria; el espacio justo para una mesita de trabajo sobre la que, como eslabones de una cadena evolutiva, están formadas una máquina de escribir, una computadora de escritorio y una laptop.

Primer acto

CECI: ¿Y el zángano no te ha dado copia de la llave?
Digo, si de a tiro por viaje te va a dejar plantada...

LAURITA: No importa; así avanzo en mi libro.

CECI: ¿*El Ulises*, te cae? ¿Y le entiendes?

LAURITA: Pues... sí.

CECI: Yo te aconsejaría que empezaras por los cuentos de *Dublineses* o el *Retrato del artista adolescente*...

LAURITA: Ya, ésas ya.

CECI: Ah... No es tuya una camioneta amarilla,
¿verdad?

Laurita niega y pone rutinariamente los platos para la cena. Ceci marca un número en el teléfono.

CECI: (*Al teléfono, irritada.*) Hablo del 204. Si es de ustedes la camioneta que está estacionada frente a nuestra entrada, les agradecería que la movieran en cuanto lleguen, por favor. (*Cuelga.*) Debería poncharle las llantas; seguro que entonces sí, los dueños luego luego aparecen...

LAURITA: ¿Viene Camargo?

CECI: (*Se encoge de hombros.*) Tú pon seis; ya si llega...

LAURITA: ... que ocupe el de tu papá.

CECI: ¡No! Que se ponga su lugar... ¿Qué?

LAURITA: ... Los modelos de Nan.

CECI: ¡Quita esos monigotes!

LAURITA: ¡No, cómo crees! Si le arruinamos la secuencia, se va a poner...

CECI: ¡Que se ponga como quiera!

LAURITA: ¡Yo! Yo los quito.

Levanta los muñecos de plastilina con mucho cuidado. Ceci se dirige a la salida; se percata de la mochila que hay a un lado.

CECI: ¿Se van a acampar?

LAURITA: ¿Nosotros?

CECI: ¿O te cae que le habrá calado la discusión del otro día como para que...?

LAURITA: ¿Tuvieron una discusión?

CECI: No propiamente una “discusión”. Para una discusión se necesitan dos, y Nan nomás se me quedaba viendo... ¿ya sabes?

LAURITA: Pero ¿hubo algún problema...?

CECI: ¡Qué va a haber algún problema! Si mi mamá está dispuesta a partirse el lomo para que su cachorro siga de haragán, decidiendo qué va a estudiar. Si es que algún día termina la prepa, claro. Yo le dije que ya estaba grandecito como para conseguirse un lugar donde jugar con sus monigotes. Por eso, ahora que vi esa petaca, por un momento pensé que tal vez... Pero no, alguno de sus cuates debe haberlo invitado a Maruata.

Su celular suena. Ella mira el número, pero no contesta.

CECI: ¡Jaime! Pobre, lo dejé en doble fila... Voy a ver si la carcacha ésa es de los del cuarto piso...

Sale. Laurita termina de poner seis lugares en la mesa, según todas las reglas de la etiqueta. Un tosido proveniente del cuarto matrimonial la sobresalta. Se acerca, cautelosa.

LAURITA: ¿Nan?... ¿Hernán?

HERNÁN: *(Desde la recámara.)* ¡... Un momento!

Laurita, apanicada, toma instintivamente un cuchillo de la cocina y se coloca a la defensiva. De la recámara sale un cincuentón adormilado, cuya barba y cabellera son los rastros domesticados de lo que alguna vez constituyó una apariencia hippie. Viste de manera informal, con tenis, jeans, camisa desfajada y abierta, bajo la cual trae una camiseta de Alaska.

LAURITA: ¡Si da un paso más, grito! ¡Abajo están mi
 cuñada y su novio!

HERNÁN: Antes que nada, tranquilízate, niña.

Intenta dar un paso. Laurita lo amenaza con el cuchillo.

LAURITA: (*Grita.*) ¡Jaime!... ¡Ceci!... ¡Alguien se metió al
 departamento!

HERNÁN: ¡Es mío!... El departamento.

LAURITA: ¡Ay! ¡Usted es...!

HERNÁN: ... Hernán.

LAURITA: Sí, sí... ¡Qué pena, señor! Ya hasta le iba a mar-
 car a la policía.

HERNÁN: ¿A la policía?

LAURITA: Es que... pensé que era alguien peligroso...

HERNÁN: ¿Y tú, cuando estás en peligro, le hablas a la
 policía?

LAURITA: ... Soy Laura. La novia de Nan. Todos me dicen
 Laurita.

HERNÁN: ¿Y dónde están “todos”, Laurita?

- LAURITA: Su hija subió con los del cuarto piso para que movieran una camioneta. Nan quedó de estar aquí desde las cinco. Y bueno, su esposa no debe tardar. Es que... no sé si sabían que iba a regresar hoy...
- HERNÁN: Háblame de tú. ¿O de a tiro me veo tan ruco?
- LAURITA: ¡Ay, no!... ¿Quiere un café?
- HERNÁN: No soy muy de café.
- LAURITA: ¿Vaso de agua... refresco...? ¿Le preparo algo de comer?
- HERNÁN: “Te”.
- LAURITA: ¿Té? ¿Té negro está bien?
- HERNÁN: “¿Te preparo algo de comer...?”.
- LAURITA: ¡Ah!... ¿El té no, entonces?
- HERNÁN: Supongo que no habrá de azahar, ¿verdad?
- LAURITA: Me parece que sí, ¿eh? Déjeme ver.
- HERNÁN: Con tantito clavo y cardamomo, si se puede.

Laurita se mete a la cocina, desde donde la oímos abrir gavetas y anaqueles metálicos. Hernán echa un vistazo a los volúmenes del librero que divide la sala del estudio. Hojea alguno y lo deja de nuevo en su lugar.

HERNÁN: Manejé de corrido toda la noche. Cuando llegué, encontré esto desierto, así que me recosté tantito en lo que regresaban... y me quedé cuajado.

Laurita se asoma de la cocina, con una taza en la mano.

LAURITA: ¡... Usted es el del campamento!

HERNÁN: ¿Campamento?

La puerta se abre y entra Ceci.

CECI: ¡Ahora resulta que la camioneta de Scooby Doo no es de nadie! Me cae que sí le poncho las llantas... Qué.

Laurita la mira en silencio desde la puerta de la cocina.

HERNÁN: Es mía.

Ceci voltea y lo ve fijamente. Pausa.

CECI: ¿... Tú le abriste?

LAURITA: No. Ya estaba aquí.

CECI: ¿Cuándo llegaste?

HERNÁN: Hace rato.

CECI: Y entraste...

Hernán le muestra una llave en un llavero ochentero.

CECI: ¿Mi mamá sabe que tú estás aquí?

Él niega. Ceci marca un número en su celular.

CECI: Mamá, comunícate conmigo en cuanto puedas. ¡En cuanto puedas! (*Cuelga. Pausa larga.*)
¿Y qué te hizo volver? Tan pronto.

Hernán hace una mueca. Una llave es introducida en la cerradura de la puerta que da al exterior. Entra Jaime, quien carga su portafolios y los libros de Ceci.

JAIME: ¡Tuve que dejarlo hasta el otro lado del parque! ¿Segura que no es del fósil del 201, Bicho? Tiene toda la pinta...

CECI: Mi papá regresó.

JAIME: ¿Mande?

CECI: Mi papá. Regresó.

JAIME: Ah... Muchísimo gusto, don Hernán. Jaime Félix Salgado, para servirle. Discúlpeme por entrar así; es que a algún idiota se le ocurrió estacionar su camioneta tapándonos toda la...

CECI: Es suya.

JAIME: ¿Mande?

HERNÁN: Yo soy el idiota.

JAIME: No, bueno, yo me refería a...

HERNÁN: No, tienes razón: sólo a un idiota como yo se le ocurre dejar su coche así. Ahorita la muevo.

JAIME: ¡Déjela, déjela! Digo, yo ya encontré un lugar.

HERNÁN: Pero cuando llegue Cecilia...

JAIME: No, ella se estaciona atrás de los del 402. Lo que sí es que si viene Camargo, Bicho...

CECI: ¡Camargo puede irse a estacionar a casa de su chingada madre! Ése es el lugar de mi papá.

Pausa. Se escucha el chiflido de la tetera.

LAURITA: ¡Su té!

HERNÁN: Tu-té. ¿... Amé?

LAURITA: ¿Eh?

HERNÁN: Tutéame.

Laurita sale a la cocina. Pausa.

CECI: ¿Por qué no avisaste que venías?

JAIME: Pero ya está aquí, Bicho, ¿no? Y eso es lo importante... Ceci tenía muchas ganas de verlo.

Ceci lo fulmina con la mirada.

JAIME: ¡Qué, Bicho! ¿O no a cada rato me decías que...?

CECI: ¿Puedes dejar de decir tonterías?

Pausa.

CECI: Las cosas no han sido fáciles, papá. Para ninguno de nosotros. En especial para Nan. Él... él se la pasaba preguntando: “¿qué me va a traer papá de su viaje?”... No sé cómo vaya a reaccionar, la verdad.

Laurita regresa con una taza humeante y una vieja lata, de la que extrae los azúcares con una pinza de té.

LAURITA: ¿Azúcar? ¿Miel?

JAIME: ¿Cómo té? Ofrécele un tequila. ¿O prefiere una cubita?

HERNÁN: Así está perfecto.

La puerta del departamento se abre. Entra Nan con una mochila cubierta de caricaturas tipo manga. Se fija en la mesa.

NAN: ¡No mames, chingada verga! ¿Quién puta madre quitó mis modelos? ¡Estaba a media secuencia, carajo!

CECI: La mesa es de todos, Nan; pero eso ahorita no importa, porque...

NAN: ¡Así te voy a hacer con tus pinches libros chaquetos: se los voy a regalar al puto ropavejero, a ver si eso tampoco importa!

CECI: ¿No vas a decirle nada a papá?

Señala a Hernán. Padre e hijo se miran un instante.

NAN: ... Qué onda, pá.

CECI: ¡¿... “Qué onda, pá”?! ¡¿Eso es todo lo que...?!

La interrumpe un portazo. Nan se ha metido a su cuarto. Laurita va tras él. Ceci marca otra vez en su celular.

JAIME: Me contó Ceci que andaba usted por California...

HERNÁN: Sí, pasé algún tiempo por allá.

CECI: Mamá, UR-GE que te comuniqués; es que... mira, no sé si hoy piensa venir este... eh...

Se va a su cuarto, en busca de privacidad para dejar su recado.

JAIME: Yo fui a California de niño. Mis papás me llevaron a Disney.

HERNÁN: Ah, Disney World: ese estado dentro del estado. Como el Vaticano en Italia.

JAIME: No, no. A Disneylandia.

La puerta del departamento se abre y entra Cecilia, cargando bolsas del súper y un gran morral de tela lleno de trabajos escolares.

CECILIA: ¡Naaaaan! ¿Me ayudas con el súper?

Jaime, solícito, acude a cargarle las bolsas. Cecilia se fija en la mochila.

CECILIA: Gracias, Jaime... ¿Se van de campamento?

Ceci regresa de su recámara, como rayo.

CECILIA: Hay que meter la carne antes que se descongele, Bicho. El pescado no, ése es para la semana...

HERNÁN: Hola, Cecilia.

Cecilia voltea hacia Hernán.

CECILIA: ... Hola, Hernán... ¿Cuándo llegaste?

HERNÁN: Hace rato.

CECILIA: ¿Viniste en avión?

HERNÁN: Manejando.

CECILIA: ¿Pesado?

HERNÁN: Pues.

Nan sale de su cuarto, malhumorado.

NAN: (A *Ceci.*) Por tu culpa se le jodió la cola al
castor; ahora voy a tener que empezar todo
desde el principio, caraja madre... (A *Cecilia.*)
Dame las putas llaves.

CECILIA: ¿Ya saludaste a tu papá, Nan?

NAN: Mjá.

Nan toma las llaves del coche y sale.

CECILIA: ¿Te ofrecieron algo de tomar?

HERNÁN: Sí, la niña esta...

JAIME: Laurita.

HERNÁN: Me preparó un té.

CECILIA: Hay de azahar...

HERNÁN: De ése me preparó.

Pausa.

HERNÁN: Perdón por no avisarte antes de...

CECILIA: ¡Tch! Ya estás aquí, ¿no?

Pausa.

HERNÁN: Siempre es lo mismo con el de azahar: a los cinco minutos me dan ganas de ir al baño.

Pasa al baño de visitas. Ceci habla en voz baja con su mamá.

CECI: ¡Dime que no viene Camargo, mamá!

NAN: (*Desde fuera.*) ¡De menos ábranme, huevones!
¿No ven cómo vengo?

Jaime le abre. Nan entra cargando una inverosímil cantidad de bolsas del súper.

JAIME: ¿Quedan bolsas?

NAN: Míralo, qué chingón: “¿quedan bolsas?”,
cuando ya me las subí todas. ¡’Che mamón!

CECILIA: ¡Nan! Te vas a dañar la columna...

NAN: Bájale, pinche jefa.

Deja las bolsas y se mete a su cuarto.

CECI: ¡Por lo menos cierra la puerta! ¿No?... ¡Nan!...
¡Dile algo, mamá!

CECILIA: ¡Naaaaan!

Nan sale de su cuarto, seguido de Laurita.

NAN: ¿Ahora qué, chingados huevos?

CECILIA: Tráete unos refrescos y unas cervezas de la
tienda, ¿sí, Bicho?

NAN: ¡No soy su negro, pendejos! Que vaya la pin-
che hipopótamo.

CECI: ¡Mamá!

CECILIA: *(Suave reproche.)* Nan...

Le extiende el dinero. Nan lo toma y sale. Ceci se asoma a la escalera, enfurecida.

CECI: ¡... Que cierres la puerta, caramba!

Azota la puerta y se mete a la cocina.

LAURITA: Hola, Cecilia.

CECILIA: ¡Laurita! A ver, creo que traigo todo lo que me dijiste, pero mejor revisa.

LAURITA: ¡Ah! Sí tuvieron la pimienta de Sechuán...

CECILIA: Me dijeron que ésa era.

Ceci regresa de la cocina con una bolsa de mandado llena de envases.

CECI: ¡Ni siquiera se llevó los envases, mamá!

LAURITA: Yo se los bajo.

CECILIA: (A Ceci.) Ve tú, ¿sí, Bicho? Es que Laurita nos va a cocinar.

CECI: (A Jaime.)... Plis, Bicho, ¿sí?

Jaime sale con los envases. Ceci se mete a la cocina. Hernán regresa del baño.

CECILIA: Lo que sí no encontré fueron las nueces de la India. Traje de éstas...

LAURITA: No importa, Cecilia, están perfectas.

CECILIA: ¿Sí...?

LAURITA: Las nueces son más que nada de adorno.

Ambas se meten a la cocina. Suena el timbre. Ceci sale apresurada; pero Hernán se le adelanta y abre, encontrándose con Camargo —un sesentón de traje y corbata de moño, que maldisimula su calva con el escaso pelo que le queda; carga un viejo y gastado portafolios de combinación en una mano y unas flores en la otra—. Se miran un momento: Hernán, con curiosidad; Camargo, destanteado.

CAMARGO: Disculpe, creo que me equivoqué de...

CECILIA: (Regresando de la cocina.) Pásale, Camargo. El doctor Camargo... Hernán, mi marido.

CAMARGO: Ah... Mucho gusto, Hernán.

Deja el portafolios en el suelo y lo saluda con la izquierda. Hernán mira las flores que le entretienen la otra mano.

CAMARGO: Traje éstas... eh...

CECILIA: Gracias, Camargo. Ponlas en agua, ¿sí, Bicho?... Te quedas a cenar, ¿verdad?

CAMARGO: (Al unísono.) Gracias: yo creo que mejor otro día...

HERNÁN: (Al unísono.) No, mira, no quiero darles molestias...

CECILIA: ¿Por qué no se preparan un aperitivo en lo que terminamos de cocinar?

Se mete a la cocina. Camargo, obediente, prepara una cuba. Ceci los mira con preocupación y, no muy convencida, sigue a su madre.

HERNÁN: ¿Qué enfermedades curas, Camargo?

CAMARGO: ¿Yo?... ¡Sufrirlas: todas! Pero... ¿curarlas...?

HERNÁN: ¿No eras doctor?

CAMARGO: En matemáticas. Trabajo con modelos de predicción. Ritmos de descarga numérica, aliteración de valores... sustitución aleatoria de códigos...

Le entrega la cuba y se sienta en el otro extremo del sillón.

HERNÁN: ¿Tú no?

CAMARGO: ¿Con mis niveles de azúcar? Una copita de vino en la cena, si acaso.

HERNÁN: Suena complicado. “Aliteración de valores”...

CAMARGO: Una vez que le entiendes la lógica, se vuelve extremadamente sencillo, como todo en el

lenguaje de las matemáticas. Complicado, lo otro: la vida diaria, ¡ésta sí es complicada!

HERNÁN: ¿Las matemáticas son un lenguaje? ¿Puede escribirse un poema en lenguaje matemático?... ¿Hay ecuaciones más bellas que otras?

CAMARGO: (Asiente.) El teorema de Göeller.

Cecilia regresa de la cocina con una botella de vino y un destapacorchos.

CECILIA: ¿Me ayudas con el vino?

Deja la botella y el destapador sobre la mesa y vuelve a la cocina. Camargo le cede el honor a Hernán; éste le regresa la cortesía. Camargo descorcha el vino.

HERNÁN: ¿El teorema de... quién?

CAMARGO: Göeller. Yo llevo treinta años trabajando en él, y todavía me sorprende.

HERNÁN: ¿Y tú pretendes...?

CAMARGO: ¿Resolverlo? Las mentes más brillantes de los últimos tres siglos y medio lo han intentado, y nadie se ha acercado siquiera... Pero bueno, cada quien hace su luchita.

La puerta se abre y entra Jaime cargando las botellas de cerveza, ahora llenas. Ceci regresa de la cocina con una ensaladera.

JAIME: Quién sabe hasta dónde se fue tu hermano.

CECI: ¿No estaba en la tienda?

JAIME: No. Pero igual las compré... ¿Qué más hace falta, Bicho? ¡La silla para Camargo!

CAMARGO: ¡Deja, mano, yo la llevo!

Va por la silla giratoria del estudio. Ceci pone un lugar más en la mesa. Cecilia y Laurita traen platonos humeantes con pollo y fideos.

CECILIA: Qué bárbara, Laurita, ¡esto se ve... exquisito!

LAURITA: A ver si no se me pasaron de cocción los fideos, caray...

Suena el timbre.

CECI: ¡Y para variar se le olvidaron las llaves!... Ábrele a Nan, Bicho, ¿sí?

Jaime va a abrir. Tras la puerta aparece Analí; lleva un vestidito entallado y chupa un chamoy.

JAIME: ... Hola.

Analí se le queda viendo en silencio, quitándose con tímida coquetería el pelo que le cubre la cara —gesto que a cada rato repite.

HERNÁN: Ella es Analí. Viene conmigo.

Todos ven a Analí, pasmados; con excepción de Cecilia, quien le dice con naturalidad:

CECILIA: Adelante, Analí. Justo estábamos sentándonos a cenar... Tráele la silla de mi cuarto, Bicho, ¿sí?

CAMARGO: ¡De ninguna manera, yo voy por mi banquito!

Sale a la cocina. Laurita pone el octavo lugar. Suena el timbre. Jaime abre. Nan entra cargando bolsas con cervezas y se mete a la cocina, cruzándose con Camargo, quien sale con un banquito chaparro e incómodo, en el que se sienta.

HERNÁN: Ése déjame a mí.

CAMARGO: No hay problema. Estoy acostumbrado.

Nan regresa de la cocina.

NAN: ¿Para qué putas vergas me mandan a comprarles sus pinches cervezas miadas, si en la cocina hay suficientes pa' que se pongan todos hasta su reputísima madre?

CECI: Jaime tuvo la amabilidad de bajar a comprarlas, ¿ajá? Como tú nomás te desapareces...

NAN: ¡Ahora tú devuelves todas estas caguamas, pinche gorda de cagada!

- JAIME: A Ceci la respetas, ¿eh?
- NAN: (*Divertido.*) Tranquilo, pinche machín cogeputos.
- CECI: ¡Mamá!
- CECILIA: (*Suave reproche.*) Nan...
- LAURITA: Si quieren mañana hago ternera a la cerveza.
- HERNÁN: ¿De verdad no prefieres que yo me siente ahí?
- CAMARGO: De verdad. Me ayuda para la columna.
- CECILIA: ¿Esperamos a alguien más?

Todos voltean a ver a Hernán. Éste niega. Se sientan a cenar.

Escena 2

Sobremesa. El mantel parece el campo después de la batalla. La atmósfera es más relajada y cotidiana.

JAIME: ¿Todavía quedará una pechuguita?

CECILIA: ¿Ésta o ésta?

JAIME: La chiquita, la chiquita.

CECILIA: ¿Alguien más quiere?

- LAURITA: En la cocina hay otro refractario, ¿eh?
- CAMARGO: Yo ya no, muchas gracias. Delicioso, como siempre, Laurita.
- CECI: Sí, qué bárbara.
- LAURITA: Ay, pero se me pasó de jengibre, caray...
- JAIME: No, ¿eh? Para nada.
- LAURITA: Debe ser tan sólo un toquecito...
- CAMARGO: Pues a mí me supo a gloria.
- JAIME: Increíble.
- CECILIA: Exquisito.
- NAN: ¡A cola de chivo, sabe, tu pinche madre ésa!
- CECI: Hermanito, no alardees de tu ignorancia... Te quedó de diez, cuñada. Y yo sí me voy a echar otro minipedacito del... ¿cómo se llama?
- LAURITA: Pues es una variación del *Kung-Pao*.
- CECILIA: ¿Así, Bicho?
- NAN: ¡Ya, jefa, no le sirvas más a esa pinche marra-
na! ¿No ves cómo está?

CECI: *(Camina hacia la cocina, ignorándolo.)* ¿Quedó guarnición?

LAURITA: Sobre la estufa.

NAN: *(Imitando la típica voz de locutor de documental científico televisivo.)* “El elefante desplaza sus toneladas de peso a través de la sabana. Ninguna pradera será suficiente para saciar su hambre...”.

CECILIA: ¿Un poco más, Hernán?

HERNÁN: No, gracias.

CECILIA: *(A Analí.)* ¿Tú?... ¡No has comido nada!

Analí no responde. Voltea a ver a Hernán.

HERNÁN: Ella prefiere, si tienes, una manzana.

CECILIA: Claro que tengo una manzana.

Sale a la cocina.

CAMARGO: Dime una cosa: ¿lo blanquito, qué es? ¿Ajo?

LAURITA: Son almendras, Camargo.

CAMARGO: ¿Y cómo le haces para que te queden así, como mantequilla?

- LAURITA: Ah, pues hay que remojarlas una noche entera en leche de coco, y cuando ya están...
- CECI: Sí, sí, luego nos pasas la receta, cuñada; ¿por qué no dejamos que mi papá nos cuente de su viaje?
- HERNÁN: ¿Qué quieren que les cuente?
- CECI: Qué visitaste. Por dónde anduviste.
- HERNÁN: Por aquí, por allá... Primero estuve en San Francisco.
- NAN: (A Ceci.) ¿Ves cómo sí era de él, pendeja?
- HERNÁN: Luego jalé para el este: Chicago, Detroit, Nueva York... De ahí, a Montreal, a Calgary...
- CECILIA: (Entregándole una manzana a Analí.) Ya está lavada.
- HERNÁN: ... y Vancouver. En Vancouver sí me quedé un buen rato.
- CAMARGO: Dicen que en Vancouver está el planetario más grande del mundo. Uno que tiene forma como de cráter, ¿no?
- HERNÁN: El Planetario de Vancouver, claro. Impresionante. Nosotros vivíamos a la vuelta... Hasta

que los canadienses me hartaron. Y me seguí más pa' arriba: Yukón, Alaska... Hasta el mar de Bering fui a dar.

JAIME: Vaya, pues usted sí que le ha dado “la vuelta al mundo en ochenta días”... Bueno, o sea, no fueron ochenta, pero... o sea, sí suena como que le dio, ¿no?, la vuelta al...

CECI: (*Cortante.*) Sí, Jaime, ya todos entendimos.

Pausa.

HERNÁN: Pero ya les tiré mucho rollo de mí. ¿Qué onda con ustedes? ¿Estudian, andan chambeando...?

JAIME: Ceci está terminando su doctorado.

HERNÁN: ¿Doctorado en...?

CECI: Letras. Análisis comparativo.

HERNÁN: Mh. ¿Y tú, Nan?

NAN: ¿A ti qué te importa, pendejo?

CECI: Nan está de vago. Lo único que le interesa, además de insultar a la gente, son sus dichos cortitos.

- NAN: ¡Cortito, el camote de tu güey! Yo hago cortometrajes de animación, ¿ajá?
- HERNÁN: ¿Qué tipo de animación?
- CECI: Muda. Como él.
- NAN: *Stop motion*. ¿Sabes qué es eso?... Qué bueno, porque francamente me da mucha hueva explicarte.
- CECI: ¿Te acuerdas que cuando te fuiste se la pasaba tooodo el día jugando con sus monstruitos de plastilina?... Pues haz de cuenta. Nomás que ahora lo graba y lo sube a You Tube.
- CECILIA: Hasta le dieron un premio, ¿verdad, Nan?
- NAN: ¡No empieces, pinche mamá!
- CECILIA: El mejor cortometraje de su categoría.
- NAN: ¡Fue un pinche concursito de la escuela, jefa, no mames!
- CECI: ¡Uy! De su escuela. O sea que ya llovió.
- HERNÁN: Felicidades. A ver si luego me dejas ver alguno.
- CECILIA: ¿Por qué no te traes tu computadora y se los enseñas?

CECI: (Con mala leche.) Ay, sí, Nan, ¿por qué no se los enseñas?

NAN: ¿Por qué no mejor nos enseñas la pinche pucha jedionda?

Pausa.

JAIME: ¿Y qué lo hizo regresar, don Hernán?

CECI: Ya, Jaime.

JAIME: Yo sólo le pregunté a tu papá que...

CECI: ¡No creo que éste sea el momento para...!

HERNÁN: Un libro.

Pausa.

CECI: ¿Un libro... que estás escribiendo?

HERNÁN: No. Un libro-libro. Ya impreso.

CECI: Mh. ¿Y qué libro es?

CECILIA: *El doble.*

HERNÁN: ... Exacto. *El doble*, de Dostoievsky.

Pausa.

- LAURITA: Yo cómo me divertí con esa novela.
- CECI: Créeme, Laurita, *El doble*, de Dostoievsky, no es una novela “divertida”.
- HERNÁN: ¿Cómo no? Divertidísima.
- JAIME: Es sobre los cuates que hacen las escenas de peligro en las películas, ¿no?
- CECI: O sea, obviamente tiene un componente satírico, cuando critica a la burocracia zarista y todo eso; pero... es como el *Quijote*, o sea, no de que te revuelques en el suelo con los chistes.
- HERNÁN: Yo sí. ¿Con el *Quijote*? En el suelo.
- Pausa.*
- CECILIA: ¿Y tú...? (A *Hernán.*) ¿Cómo me dijiste que se llamaba tu...?
- JAIME: Analí.
- CECILIA: ... tú, Analí, ¿vas a la universidad o...?
- HERNÁN: Apenas está terminando la secundaria.
- CECI: ¿Oíste, Nan? Son almas gemelas.
- JAIME: ¿De dónde es, eh?

- HERNÁN: ¿Por qué? ¿De dónde parece?
- JAIME: Pues es que tiene un tipo como... como que podría ser latina, pero con algo también medio hindú...
- HERNÁN: ¿Ah, sí?
- CECI: Ya, ¿no, Jaime?
- JAIME: ¡Ajá! O chechena.
- NAN: (*Riendo.*) ¡Qué pedo con este güey!
- HERNÁN: “Chechena”.
- JAIME: Pues sí, ¿no? Como que algo en los ojos...
- CECI: Ya, Jaime. ¡Ya!
- Pausa.*
- CAMARGO: ¿Me regalarían un tantitín más de ese rábano frito?
- CECI: *Sorry*, Camargo, se acabó.
- CAMARGO: No hay problema, no hay problema. Es pura gula.

- CECILIA: Pero creo que en la cocina todavía queda, ¿no, Laurita?... ¿Laurita?
- LAURITA: (*Despertando.*) ¿Eh?
- NAN: ¡Te quedaste jetona, pendeja!
- LAURITA: ¡Ay, qué pena! Es que tuvimos práctica de compra en la Central de Abasto y me tuve que levantar a las cuatro de la mañana... ¿Me decías, Cecilia?
- CECI: Pregunta Camargo si todavía quedan rábanos fritos.
- LAURITA: Híjole, no. Creo que calculé mal.
- CAMARGO: Mejor. Menos triglicéridos.
- LAURITA: ¡Es bien tarde! Yo creo que ahora sí ya me voy.
- NAN: ¿A dónde, pendeja? Tú duermes conmigo.
- LAURITA: Ay, no, Nan, cómo crees.
- NAN: ¿Por qué no, chingado coño?
- LAURITA: Pues no, Nan. No. Me da pena con tus papás...
- NAN: ¡Ya, pinche mamona! Ni que fuera la primera vez.

LAURITA: Qué va a pensar tu papá...

NAN: ¡Que piense lo que quiera! Ésta ya no es su casa.

CECI: ¡Nan!

LAURITA: Y mañana tengo clase de siete, Nan.

Comienza a recoger los platos sucios.

CECILIA: Déjalos, Laurita, yo luego los lavo.

CECI: ¡No, mamá, ahora sí le tocan a Nan!

LAURITA: Nomás los pongo a remojar.

Jaime se acerca discretamente a Ceci, quien está ayudando a llevar los platos a la cocina.

JAIME: *(En voz baja.)* ¿Qué onda, Bicho?

CECI: ¿Qué onda de qué?

JAIME: ¿Quieres que me quede, o...?

CECI: Otro día, Bicho, ¿sí? Te quiero.

Le da un beso rutinario.

LAURITA: Mucho gusto, señor. Mucho gusto, Analí...
Adiós, Nan.

- NAN: ;Vete a la verga!
- JAIME: Yo también me retiro, don Hernán. No sabe, de veras, qué gusto me da conocerlo. Sí lo veo todavía, ¿verdad?
- HERNÁN: En realidad, nosotros venimos de paso...
- CECILIA: Bueno, pero no se van a ir a estas horas.
- JAIME: Hasta mañana, entonces. Mucho gusto Analí. Que descansen. Camargo...
- CAMARGO: (*Levantándose.*) Me encamino con ustedes.
- CECILIA: (*Firme.*) Tú duermes aquí.
- Camargo se vuelve a sentar, sumiso. Jaime y Laurita se van. Entre Ceci y Cecilia levantan los platos de la mesa. Hernán habla en corto con Analí y se acerca a Cecilia.*
- HERNÁN: Analí necesita pedirte algo.
- CECILIA: Claro. ¿Qué se te ofrece?
- HERNÁN: Una toalla.
- CECILIA: ;Pero por supuesto! Ceci, tráele una toalla a la invitada de tu papá. Y de paso otra, por si él también se quiere bañar.

- HERNÁN: No, una *toalla*... ¿ya sabes? Es que en las farmacias de por aquí no encontré del tipo que ella usa.
- CECILIA: Ya... ¿De qué tipo usas?
- HERNÁN: De las más absorbentes.
- CECILIA: Préstale un kótex de los gruesos que luego te compras, ¿sí, Bicho?
- CECI: (*Regresando con dos toallas de baño.*) ¿No quieres gritarlo más fuerte, a ver si los del cuarto piso también se enteran?
- CECILIA: (*A Analí.*) Mi hija te la va a dar y te va a instalar en su cuarto.
- CECI: ¡¿En mi cuarto?!... Yo creo que en la sala, ¿no?
- NAN: ¡Ni madres! ¿Eh, cabronas? ¡Yo tengo que seguir con mi animación!
- CECILIA: (*Sin señalar a nadie.*) Es que en la sala va a dormir él.
- CECI: Te toca cederle tu cuarto, hermanito.
- NAN: Lámeme el ano, pendeja; ¡yo no le cedo ni madres!

CECILIA: (A Ceci.) Ándale, Bicho...

Ceci entra a su recámara, malhumorada. Analí va por la mochila que está junto a la puerta.

CECILIA: ¿Le ayudas, Nan, por favor?

NAN: ¡Es que no mames, carajo! De día no puedo usar la pinche mesa, porque la marrana esa todo el tiempo quiere tragar... ¿y ahora ni en las noches? ¿A qué horas voy a terminar la puta secuencia, chingada verga miada?

CECILIA: Mañana, Nan. Mañana le sigues, ¿sí?

NAN: ¡Reputa verga!

Carga la mochila hacia la recámara de su hermana, seguido por Analí.

CECILIA: ¿O prefieres que les deje nuestra recámara, Hernán?

HERNÁN: ¿La recámara? No.

CECILIA: No sé, tal vez quieran quedarse juntos tú y tu...

HERNÁN: Está bien que ella conviva con Ceci.

Cecilia se mete a su cuarto. Camargo y Hernán se quedan solos, de pie, uno a cada lado del sillón.

- CAMARGO: Obviamente, yo duermo aquí, ¿eh?
- HERNÁN: No, cómo crees.
- CAMARGO: Sí, sí, es tu cama. Y tu casa. Cecilia siempre fue muy clara con eso. Yo nunca he ocupado ni los cajones de tu buró ni tu lado del clóset ni tu lugar en la mesa. Pregúntale.
- HERNÁN: ¿Y tus cosas? ¿Dónde pones tu ropa?
- CAMARGO: Lo que necesito lo voy trayendo de mi casa.
- HERNÁN: Vives solo.
- CAMARGO: Tengo una casa, a la que voy cada tres o cuatro días. A veces, un poco más. Depende.
- HERNÁN: ¿De qué?
- CAMARGO: Pues... del trabajo... los pendientes... el humor de tu mujer... (Ríe.) No, claro que no.
- HERNÁN: No tendría nada de extraño. Cuando me fui, Cecilia ya no era tan joven. Como quien dice: te la dejé para que lidiaras con su menopausia... Y ahora que la peor parte ha pasado, regreso.
- CAMARGO: Pues no, no te creas.

HERNÁN: ¿No qué? ¿No lidiaste con su menopausia? ¿No ha pasado la peor parte?... ¿No he regresado?

Pausa.

CAMARGO: Bueno... Entonces...

HERNÁN: Yo aquí me acomodo. Es lo que procede. ¡Así puedes matarme más fácilmente durante la noche!

Cecilia regresa con unas sábanas dobladas, que coloca en el respaldo del sillón.

CECILIA: ¿Eh?

HERNÁN: Nada. Platicaba con Macbeth.

Camargo la mira, desconcertado. Ella sonríe, indicándole con un gesto que no le haga caso.

CECILIA: ¿No quieres adelantarte, Camargo? Yo ahorita te alcanzo.

CAMARGO: Claro. Los dejo, han de tener muchas cosas de qué hablar... ¿Seguro no prefieren que yo...?

HERNÁN
Y CECILIA: *(Al unísono.)* Seguro, Camargo.

CAMARGO: ... Hasta mañana.

Camargo se mete al cuarto matrimonial. Cecilia tiende las sábanas en el sofá.

HERNÁN: ¿Hace mucho que estás con el Nobel?

CECILIA: ¿Con Camargo?... Van a ser diecinueve años.

HERNÁN: Como quien dice, al día siguiente de que me fui. El zopilote.

CECILIA: Una amiga me lo presentó. Él me ayudó a entrar de maestra en la secundaria donde daba clases...

HERNÁN: La vieja táctica. Me vuelvo tu protector y me aprovecho de tu fragilidad emocional.

CECILIA: No... él lo hacía por genuina solidaridad humana.

HERNÁN: “Genuina solidaridad humana”. Mjá.

CECILIA: Camargo estuvo ahí todo el tiempo, ayudándonos. Sobre todo a Ceci, ya ves que las matemáticas nunca se le han dado. Le dedicó tardes enteras.

HERNÁN: ¿No te digo? Me gano a tus hijos para vencerte por el flanco de la gratitud.

CECILIA: Es un buen tipo, verás.

- HERNÁN: No lo dudo. Lo que pasa es que... no sé, me imaginaba un palacio lleno de pretendientes... ¿Qué hiciste con los demás? ¡No me digas que no hubo otros...!
- CECILIA: No, pretendientes nunca me faltaron.
- HERNÁN: ¿Y entonces? Pudiendo escoger entre los campesinos, ¿por qué acabar con el espantapájaros? Igual que con el trabajo: nunca pensé encontrarte convertida en maestra de secundaria...
- CECILIA: De prepa. Ahora doy clases en preparatoria.
- HERNÁN: ¡... tratando de que aprecien la *Iliada* una bola de escuincles que sólo piensan en hacerse chaquetas! ¡Tú, la más talentosa de la generación, la única que tenía algo original que decir...!
- CECILIA: (*Divertida.*) ¡Ay, Hernán, tú de veras...!
- HERNÁN: Hablo en serio. ¡Tú estabas destinada a proponer un análisis totalmente nuevo, fuera de la academia y sus lugares comunes!... ¿Por qué te dio miedo?
- CECILIA: ... Si necesitas más cobijas, ya sabes dónde están.

Se dirige a su recámara, apaga las luces. Antes de entrar.

CECILIA: Hasta mañana, Hernán... Bienvenido.

Se mete y cierra la puerta, dejando a Hernán solo en la penumbra.

Escena 3

La mañana siguiente. Sobre el sillón de la sala, un bulto envuelto en sábanas —de espaldas al público— se infla y desinfla; tiene la cabeza tapada con una almohada. En la mesa del comedor, Laurita, vestida y peinada, lee su libro mientras remueve con distracción el jarabe humeante de una cazuela. Sobre la mesa hay fruta, cereal, leche, mermelada y un platón de torrijas coquetamente adornado con hojas de menta y zarzamoras. El bulto de la sala se incorpora: es Hernán, en camiseta y bóxers. Alcanza sus lentes, adormilado. Echa un vistazo al libro de Laurita.

HERNÁN: El *Ulises*... Alguien decía que en vez de analizarlo como texto deberíamos sentarnos a escucharlo como pieza musical. ¿Has oído a Joyce leyendo sus textos? Rap irlandés.

Camina hasta el baño de visitas y trata de abrir la puerta, que alguien cierra desde adentro.

CECI: (Desde el baño.) ¡Ocupado!

Hernán regresa al comedor.

HERNÁN: ¿Tú no tenías una clase?

LAURITA: De siete a ocho. Saliendo me vine, porque tengo libre hasta las once.

HERNÁN: También estudias letras.

LAURITA: ¡Ay... no! Yo no podría andar pensando en las influencias, y los paradigmas estructurales, y todo eso... A mí me gusta leer, nada más.

HERNÁN: ¡“Nada más”!... ¿Qué estudias, entonces?

LAURITA: (Tímidamente.) Gastronomía.

HERNÁN: ¡Una astrónoma!

LAURITA: No, no: Gastronomía. ¿Para chef...?

- HERNÁN: Ah. ¿Eso es una carrera?
- LAURITA: Sí, se hace tesis, y examen profesional y todo... Lo que pasa es que como luego hay que andar esperando a que se cuezan las cosas, pues siempre traigo un libro con qué entretenerme.
- HERNÁN: Yo hace años que renuncié a ellos. Ya leí todo lo que tenía que leer.
- LAURITA: ¿De veras?... Yo creo que uno, entre más ha leído, más lecturas tiene pendientes. Cada libro te conduce a diez o veinte más. Es la historia de nunca acabar.
- HERNÁN: Sí, supongo que a tu edad yo pensaba lo mismo. Pero luego me harté.
- LAURITA: Perdón, es que... ¿cómo alguien puede hartarse de los libros, que son lo mejor que hay en la vida? No me cabe en la cabeza.
- HERNÁN: Hay otras cosas.
- LAURITA: ¿Más interesantes? ¿Más emocionantes?
- HERNÁN: El amor.

Ella voltea hacia otro lado y remueve con vigor el jarabe, perturbada.

HERNÁN: ¿Qué es esa cosa naranja que no dejas de revolver?

LAURITA: ¡Ah! *Coulis* de maracuyá. Para las torrijas... ¿Le sirvo?

HERNÁN: ¿No nos hablábamos de tú?

LAURITA: ¿... Te sirvo?

HERNÁN: Gracias, nunca como nada dulce en el desayuno. Créeme, en Estados Unidos eso puede salvarte la vida... ¿Sabes si el baño del fondo también está ocupado?

LAURITA: No.

HERNÁN: ¿No sabes o no está ocupado?

LAURITA: No. No está ocupado. Creo.

Hernán se mete al baño del fondo. Laurita retoma su lectura, sin dejar de batir el coulis. Por el pasillo aparece Nan, en pijama y con la greña alborotada. Intenta abrir el baño de visitas.

CECI: (Desde el baño.) ¡¡Ocupado!!

NAN: ¡A ver si le metes velocidad, pendeja!

Intenta en el baño del fondo, pero lo encuentra cerrado.

LAURITA: Está tu papá.

NAN: ¡Uta, pinche familia de estreñidos!... ¿Y tú, qué haces aquí?

LAURITA: Vine a prepararles el desayuno.

NAN: ¡Deja de jugar a la pinche nalguita abnegada y vente pa'l cuarto!

Intenta fajársela.

LAURITA: No, Nan, espérate... Nan... ¡Nan!... Ahorita no.

NAN: ¿Por qué no, chingada verga? Si están todos bien pinches jetones o haciendo caca.

LAURITA: *(Escapando hacia la cocina.)* ¡Hice torrijas!

NAN: Me cagan, pinches milanesas de pan Bimbo.

Saca un plato y se sirve cereal, que se come a cucharadas, sin leche, mientras lee la parte trasera de la caja.

LAURITA: Nan... ¡Nan!

NAN: Mh.

LAURITA: Nunca me has contado lo de tu papá...

NAN: ¿“Lo de mi papá”?

LAURITA: Sí, cómo se fue... por qué...

NAN: (*Divertido.*) ¿Te da curiosidad su vida cachonda, verdad, pinche morbosa? ¿Te pica el chocho de pensar si mis jefes se andaban tirando a otros güeyes?

Le agarra el sexo. Ella lo aparta.

LAURITA: ¡Nan! Es en serio. ¿Por qué nunca quieres contarme de él?

NAN: ¡Es en serio! No hay nada qué contar. Yo estaba bien pinche escuincle, apenas me acuerdo de ese mamón. Sólo tengo un pinche recuerdo de él. Uno. De un día que se le ocurrió llevarnos al zoológico a ver a los pinches orangutanes. Me iba cargando en sus hombros, y de pronto me dejó con mi hermana en lo que él iba a mear. Nos dijo que no nos moviéramos hasta que él regresara; y el güey se empezó a tardar, y a tardar... La pendeja de Ceci se puso bien pinche nerviosa, por más que decía cosas para tranquilizarme yo veía que se estaba cagando de miedo, ¡la culera pensaba que el pinche ojete ya nos había dejado! Hasta que de plano se puso a berrear; y que se acercan los vigilantes, y que se arma el numerito: se pusieron a vocearlo, a buscarlo por todo el zoológico los pendejos. Y ya estaban por llevarnos

a la pinche delegación... cuando se aparece el
cabrón, tan campante. Igualito que ahora.

*Pausa. Laurita lo mira con ternura. Le acaricia el pelo. Nan le quita la
mano con un gesto brusco.*

NAN: ¡Vete a la verga! A mí esa historia me parece
de hueva; te la conté sólo para que dejes de
estar chingando.

El baño de visitas se abre. Sale Ceci, en camiseta hasta las rodillas.

NAN: ¡Ya era hora, carajo! No eres la única a la que
le dan ganas de echarse unos *cakes* en la ma-
ñana, ¿eh?

*Se mete al baño, pero de inmediato da un paso atrás y abanica la puerta
ostentosamente.*

NAN: ¡¡Put's...!! ¡Te estás pudriendo! Deberías ver a
un forense, me cae.

*Hernán sale del baño del fondo con un toque en la boca y se mete, sin ser
notado, en la recámara de Ceci.*

CECI: ¿Qué tú no te habías ido a tu casa?

LAURITA: Sí, a dormir. Pero tuve Teoría Nutrimental a
las siete, y como la clase que sigue es hasta las
once, pues vine a hacer el desayuno...

CECI: A prepararle su papillita al bebé... ¿Qué tocó hoy?

LAURITA: Torrejas. Con *coulis* de maracuyá. ¿Quieres? Hay para todos.

CECI: Uy, cuñada, a mí a esta hora lo único que me entra es un café.

NAN: Y la mazacuata de tu cabrón. ¿O crees que no oímos tus pinches grititos? (*Con voz de documental científico.*) “La paquiderma en celo emite desesperados gemidos para atraer al macho; en caso de que no encuentre a ninguno dispuesto a aparearse con ella, introducirá su propia trompa en la inmensa cavidad genital...”.

CECI: Ja-ja.

Nan se mete al baño y cierra con seguro. Ceci se sirve un plato de fruta con yogurt.

LAURITA: Ceci...

CECI: Mh.

LAURITA: ¿Te puedo preguntar algo? Es que Nan nunca me cuenta nada...

CECI: ¿El elocuente de mi hermano?... Pregunta.

LAURITA: ¿Cómo fue lo de tu papá? O sea... ¿por qué se fue...?

CECI: ¿Ah, se fue? Ya no estoy tan segura.

LAURITA: Yo creo que a Nan le haría bien hablar con él sobre...

La sobresalta la voz de Nan, que regresa del baño.

NAN: Tú estás cocinando algo, ¿verdad, pendeja?

LAURITA: (*Culpígena.*) ¡No! Nan, cómo crees, yo sólo estaba platicando con Ceci de...

NAN: Porque creo que ya anda valiendo verga, ¿eh?

Señala hacia la cocina, de donde sale un espeso humo negro.

LAURITA: ¡Las torrijas!

Se mete a la cocina. Se escucha que el extractor de humo es puesto a funcionar.

NAN: (*Ríe.*) ¡No mames, pinche Alzheimer precoz!

Se sienta.

CECI: ¿Qué vamos a hacer, Nan?... Nan...

NAN: ¿Qué vamos a hacer de qué?

CECI: O sea, anoche, Camargo durmió aquí.

NAN: Esos son sus pedos; a mí me vale pito quién se coge a quién o si entre los tres se andan olisqueando el anillín. Mientras no muevan mis animaciones...

El cerrojo de la puerta que da al exterior es descorrido; entra Jaime, bañado, trajeado y encorbatado.

JAIME: ¿Cómo amanechó mi bichito pechocho?

CECI: Ay, te extrañé mucho, Bicho.

JAIME: Yo también. Muchomuchomuchomuchomucho.

Se dan un beso.

NAN: ¡Uta... no me hagan guacarear! ¿No ven que todos los baños están ocupados?

Laurita regresa de la cocina, con unas cuantas torrijas en un plato.

LAURITA: Alcancé a salvar éstas...

JAIME: Mmm, qué rico. ¿Es tostado francés?

NAN: (*Ríe.*) ¿Qué pedo con este güey? “¿Es tostado francés?”.

Se mete a su cuarto.

LAURITA: ¿Quieres? Las del platón no están quemadas.

JAIME: Gracias, Laurita, acabo de desayunar. Pero un café sí te acepto.

Laurita asiente y regresa a la cocina.

CECI: ¿Trajiste lo que te pedí?

Jaime le entrega una cajetilla de cigarros.

JAIME: ¿Ahora vas a fumar, Bicho?

Ella guarda la cajetilla. Jaime enfila hacia la recámara.

JAIME: ¿Mi camisa de rayitas azules sí está lavada? Es que siento que ésta no me combina...

CECI: ¡Espérate! Hay alguien durmiendo.

JAIME: Ah. Tu papá.

CECI: No. Su noviecita.

JAIME: ¡Noooo...! Cómo crees... Es su hija, ¿no? Tu hermana.

CECI: Ay, Bicho. ¡Tú sí, de veras...!

- JAIME: No la trata como a una novia. Además, está bien escuincla...
- CECI: ¿Esa lagartona? Tiene mínimo veinticinco.
- JAIME: ¿Cómo crees, Bicho? quince... dieciséis a lo mucho.
- CECI: De menos veinte. ¡De menos!
- JAIME: Es el tiempo que tu papá lleva fuera... Oye, tal vez por eso se fue. Tal vez se fue con su mamá, embarazada de ella.
- CECI: ... Aunque casi te podría asegurar que tiene la misma edad que Nan.
- JAIME: Te digo que son hermanos... ¡Hasta los nombres se parecen!
- CECI: ¿Qué nombres, Jaime?
- JAIME: “Nan”... “Ana-lí”... O si no, ¿por qué la pusieron a dormir contigo?
- CECI: Fue idea de mi mamá...
- JAIME: ¿Y tu papá se opuso?
- CECI: ¿... De veras tengo una hermana?

JAIME: ¿Por qué no se lo preguntas?

CECI: ¿Así, de plano? ¿“Eres mi hermana”?

JAIME: A tu papá.

CECI: ¡Cómo crees! Que me lo diga él, si tiene los huevos.

Cecilia sale de su recámara, en bata.

CECILIA: Quihubo, Jaime.

JAIME: Qué tal, Cecilia, buen día.

Se saludan de beso. Cecilia sigue hacia la cocina.

CECI: ¿A qué hora tienes que estar en el despacho?

JAIME: A las diez.

CECILIA: *(Desde la cocina.)* ¡Qué bárbara, Laurita! Te dije que no los lavarás...

LAURITA: *(Desde la cocina.)* ¡No, si yo no los lavé...!

CECI: A ver, te la traigo. ¿La azul?

JAIME: Deja, Bicho. Tengo tiempo. En lo que me echo mi café, le damos chance de que se despierte.

En efecto, Laurita está saliendo de la cocina con una taza de café para Jaime. Cecilia la sigue, dándole sorbos a otra.

LAURITA: ¿Tú sí quieres torrejas, Cecilia? Están recién hechas.

CECILIA: Qué linda, Laurita, gracias. Todavía no acabo de digerir el *Kung-Pao*... Culpa de mi colitis, no de tu pollo. Exquisito, te quedó, qué bárbara.

Se cala sus anteojos de leer, saca de su morral un bonche de trabajos escolares y se pone a calificarlos mientras bebe su café. Laurita va a la cocina. Nan regresa de su cuarto y, cual hijo amoroso, saluda a su mamá con un beso. Ceci lo mira con desconfianza.

NAN: Qué onda, má.

CECILIA: Hola, Bicho.

NAN: Oye, ¿sí me das chance de llevarme el tronco-móvil?

CECI: Ah, ya salió el peine.

CECILIA: Híjole, Nan: hoy tengo curso, y es hasta la Unidad de Congresos...

NAN: Es que necesito traer los materiales para mi nueva escenografía...

- CECI: Sí, y que tu madre se vaya en metro, ¡porque el joven Spielberg tiene que terminar su obra maestra!
- NAN: ¡Tú cállate, pinche gorda meada!
- CECI: ¡Mamá!
- CECILIA: Nan... no le hables así a tu hermana.
- NAN: ¡Pero es una pinche gorda, jefa! ¿Cuánto pesas, a ver? ¿O ya volviste a hacer cagada la báscula?
- JAIME: ¡Tranquilo! ¿Eh?
- NAN: (*Divertido.*) ¿Qué, a ti sí te excita soplarle las pinches lonjotas a esta ballena?
- CECILIA: ¡Ya, los dos!... Lo necesito de regreso para las doce.
- NAN: ¡Es que no me va a dar tiempo, jefa!
- CECILIA: A la una, pues. De ida pido aventón.
- CECI: Oye... ¡no! ¡Que se consiga un trabajo y se compre su propio coche!
- NAN: Sí, o que le mame el pito a un pendejo con ranfla como tú, ¿no, cabrona?

CECILIA: Échale gasolina.

Saca su cartera de la bolsa.

NAN: También necesito pa' los materiales.

CECILIA: ¿Te alcanza con esto?

NAN: Pues...

Cecilia saca otro billete y se lo da. Nan guarda el dinero y apoya la cabeza en el hombro de Cecilia. Ella se la acaricia, como si fuera un niño.

CECI: ¡Es que... cómo dejas que te haga la barba, mamá!... ¿Por qué no la insultas ahora? ¿Eh? ¡Cínico!

NAN: ¡Vete a la verga, pinche Moby Dick! Mi mamá y yo así nos llevamos, ¿o no, pinche progenitora?

CECILIA: (*Divertida.*) Ay, Nan... ¿Tú no tenías una clase, Laurita?

LAURITA: Sí, de hecho me fui desde ayer...

NAN: (*Interrumpe, divertido.*) ¿A tu clase, pendeja?

LAURITA: ... a mi casa, Nan, a dormir a mi casa; y hoy temprano tomé Teoría Nutrimental...

NAN: (Riendo.) “Teoría Nutrimental”, güey, ¡no mames!

LAURITA: ... y como nomás dura una hora, pues decidí venir a hacerles de desayunar.

CECILIA: Qué linda, Laurita.

NAN: ¡Ya, pinche argüendera, diles la verdad: que te quedaste cogiendo conmigo toda la noche!

LAURITA: (Muy enojada.) ¡Nan!

CECI: No le hagas caso, cuñada, es un patán.

NAN: (Divertido.) ¡Neto, durmió aquí! ¡Se esperó allá arriba entre las jaulas de la azotea, la pen-deja, hasta que todos se jetearon, y entonces bajó a escondidas!

CECI: Nan: hay veces que tus idioteces de veras, de veras no vienen al caso.

NAN: ¡No mames... ahora “mis idioteces”!

Se ríe solo. Pausa.

CECILIA: ¿Y tu papá?

NAN: Cagando.

- CECILIA: ¿Y... la niña esta...?
- CECI: ¿La Autista?
- CECILIA: Como que casi no habla, ¿verdad?
- CECI: Como que no habla nada. En todo el tiempo que estuvimos juntas no cruzó una sola palabra conmigo. Nomás paseaba de aquí para allá su cuerpecito perfecto.
- LAURITA: ¡Ay, a esa edad todas! ¿Eh?
- JAIME: ¿A qué edad?
- LAURITA: ¿... Quince?
- CECI: Por más que intenté sacarle algo, la Autista sólo se me quedaba viendo, con su chamoy en la boca.
- CECILIA: No le digas así. Qué tal que sí tiene un problema...
- JAIME: Igual y no entiende español.
- NAN: Está bueno el chisme, ¿verdad, pinches lavanderas?
- CECI: Pero a ver, ¿por qué nos la trae? Digo, ¿es su novia, o...? O sea, ¿mi papá te dijo qué es?

CECILIA: Es su invitada, Ceci. Con eso nos debe bastar.

CECI: O sea, es que, mamá, ¡no puedo creer que te dé lo mismo si tu marido tuvo otra hija o si se anda tirando a una puberta, por Dios!

Todos se callan de pronto al percatarse de que la susodicha los mira desde la entrada del pasillo, chupando su inseparable chamoy; lleva puesta la camiseta de Hernán, que la cubre hasta el muslo y deja adivinar unos pechos firmes. Cecilia la recibe con amabilidad.

CECILIA: Buenos días, ¿qué tal descansaste?... ¿Quieres desayunar con nosotros?

LAURITA: Hay torrijas...

Señala el plato. Analí niega, con sonrisa inhibida, y se sienta junto a Jaime.

CECILIA: No sé qué acostumbres comer. ¿Te hago unos huevos?

JAIME: *Do you want some eggs?*

Analí niega.

CECI: Aquí cada quien agarra lo que quiere, a la hora que quiere. No te vayas con la finta de ayer: generalmente no cenamos ni desayunamos ni comemos juntos.

CECILIA: Hay mermelada, jamón, queso... ¿No?...
¿Quieres un poco de fruta, café...?

Analí asiente.

CECILIA: ¿Fruta sí? ¿O café?... Fruta.

Cecilia le pasa el frutero. Analí toma una manzana y la muerde. Se limpia con el meñique la gota de jugo que le escurre por la comisura del labio y se lo chupa. Jaime la mira, embelesado.

CECI: ¡Bicho!

JAIME: ¿Mande?

CECI: ¿No querías tu camisa?

JAIME: Ah. Sí... Eh, voy a pasar un momento a tu cuarto a recoger una camisa... *to pick-up a shirt...? Because, you know, this one, I don't like very much the way it looks with this suit...*

CECI: ¡Bicho!

JAIME: ... *I'll be right back.*

Abre la puerta del cuarto de Ceci pero se detiene en seco, ante el humo y el ocupante que encuentra adentro.

JAIME: ¡D-disculpe, don Hernán!

Enfila hacia el baño. En la mesa, todos miran a Analí masticar su manzana.

CECI: Bueno, Analí... cuéntanos de ti. ¿Por qué no nos platicas quién es tu mamá? ¡No! Mejor dínos quién es tu papá.

Todos la ven a la expectativa; ella los mira con una sonrisa desconcertada.

CECI: ¿Sí entendiste lo que te pregunté?... ¿Hablas español?... *Spanish?*... ¡¿Hablas?!

NAN: ¡Ya, parecen pinches marranos de la judicial!

CECILIA: ¿De beber, qué te ofrezco: jugo, leche, té...? Té. Ven, te enseño los que hay.

Salen hacia la cocina.

LAURITA: Deja, Cecilia, yo se lo preparo...

Va tras ellas. Jaime regresa del baño, contrariado.

CECI: ¿La encontraste?

JAIME: (*Sottovoce.*) ¡No me dijiste que tu papá se estaba quedando en tu cuarto, Bicho!

CECI: ¿En mi cuarto?

JAIME: Entro y me lo encuentro encuerado en la cama... ¡Qué pena, Cecilia, no manches!

CECI: ¿Encuerado? ¡¿En mi cama?!

Hernán sale de la recámara de Ceci, de buen humor; trae puesta una camiseta limpia.

HERNÁN: (A Jaime.) No te levantes, mano... Buenos días a todos. Provecho.

Va hasta Analí, que viene saliendo de la cocina con un té en las manos; le da un beso en la frente.

HERNÁN: ¿Todo bien, chiquita?

Laurita regresa de la cocina con la vieja lata de té y una taza humeante.

LAURITA: ¡Señor! Su té.

HERNÁN: Gracias, Laurita. En la mañana prefiero café.

LAURITA: ¿Quiere que le haga unos huevos?

CECILIA: (Desde la cocina.) Deja, Laurita. Yo le preparo.

Hernán se fija en Laurita, quien bebe de pie la infusión.

HERNÁN: ¡Perdón! ¿Te quité tu lugar?

LAURITA: No hay problema.

HERNÁN: No, ¡cómo! Siéntate, por favor.

LAURITA: De veras. Estoy acostumbrada. En la escuela casi todo lo hacemos de pie...

NAN: ¡Si se quiere sentar que se jale una silla, la huevona!

Análí le hace a Hernán un gesto lleno de sobreentendidos. Hernán se acerca a la cocina.

HERNÁN: Analí quiere saber si se puede bañar.

CECILIA: ¡Pero claro! Que use el del fondo. ¡Bicho...!

CECI: Sí, sí; las toallas.

Se levanta de mala gana, deja ostensiblemente la cajetilla de cigarros en la mesa, frente a Hernán, y enfila hacia el pasillo.

CECI: (A Analí.) ¿De las otras también?

Ambas se meten al baño.

HERNÁN: ¿Tienes algo que hacer, Nan?

NAN: Mjá.

HERNÁN: Es que quiero que lles a Analí a conocer la ciudad. No sé: Xochimilco, el Templo Mayor...

- NAN: Consíguelo a otro pendejo que le haga de guía de turistas. Yo no hablo inglés.
- CECI: (*Regresando.*) ¿Español sí?
- HERNÁN: Se van a entender.
- NAN: Paséala tú, pendejo. Yo tengo que seguir con mi animación.
- HERNÁN: Bueno, el Correcaminos y el Coyote pueden esperar unas horas, ¿no?
- NAN: ¡No mames, pinche ruco! ¡Las animaciones que yo hago no tienen nada que ver con los monos de tu infancia jurásica...!
- JAIME: Si quieren yo la paseo.
- CECI: ¿No tenías una junta?
- JAIME: Bueno, pero si nadie más puede llevar a tu hermana...
- CECI: ¡Que no es mi hermana, Jaime! O sea, esa vieja NO es parte de mi familia, ¿oqueei?
- JAIME: ¡Bicho! Yo sólo quería...
- CECI: ¡Tu camisa! ¿No era eso lo que querías? Pues ya salió mi papá.

JAIME: ... Permiso.

Sale hacia el cuarto de Ceci.

HERNÁN: ¿Entonces, Nan?

NAN: ¿Por qué no le dan su puto libro a este güey pa' que se vaya a la verga?

HERNÁN: Y te llevas la camioneta.

Nan se percata de que Hernán está extendiéndole las llaves de su camioneta; lo mira en silencio y, finalmente, se las arrebata.

NAN: ¡Está bien, chingados huevos! La llevo a las putas pirámides llenas de gringos pendejos.

HERNÁN: Toma. Para que coman y pagues lo que necesites.

Deja un fajo de dólares en la mesa. Nan toma el dinero y se mete a su cuarto.

CECI: Nan, tu plato... ¡Nan!

LAURITA: (Regresando de la cocina.) Déjalo, Ceci, yo los levanto.

Entre las dos recogen los platos sucios y se los llevan a la cocina. Hernán queda un momento solo en la mesa; aprovecha para sacar de su pantalón

un bultito envuelto en periódico, que esconde rápidamente al fondo de la lata de té, cubriéndolo con las flores de azahar.

CECILIA: (Desde la cocina.) ¡Pero ahora sí no los vayas a lavar! ¿Eh, Laurita? Porque así me dijiste ayer, y mira...

LAURITA: (Desde la cocina.) ¡Te juro que ahora sí no fui yo, Cecilia!

CECI: (Desde la cocina.) ¿Y entonces quién, cuñada? ¿El haragán de mi hermano?

HERNÁN: Fui yo.

CECI: (Asomándose de la cocina.) ¿Eh?

HERNÁN: Tenía insomnio y me puse a lavarlos.

CECILIA: (Regresando.) ¡Ay, Hernán! Qué bárbaro.

HERNÁN: Estoy acostumbrado a lavarlos en cantidades industriales; de eso viví durante años.

CECI: ¿... De eso vivías en Estados Unidos? ¿De lavar platos?

HERNÁN: Ganaba lo mismo que como profesor de tiempo completo acá en la universidad.

Nan regresa de su cuarto poniéndose los tenis; viste los mismos jeans y la misma camiseta del día anterior.

NAN: (A Laurita.) ¿Por qué te llevas mi plato, culera?

LAURITA: Pensé que habías acabado...

NAN: Pues no pienses, pendeja.

Laurita saca un plato limpio y le sirve cereal. Contempla el plato de Analí, con la manzana a medio morder.

LAURITA: ¿Éste sí lo recojo?

HERNÁN: Sí, sí, ella desayuna ligero.

CECI: Y come, y cena. Con razón está como está: ¡si se alimenta de puros chamoys...! ¿Es anoréxica?

NAN: ¡“Anoréxica”, güey, no mames! Esta pendeja piensa que si no eres una pinche ballena, tienes anorexia.

Cecilia trae de la cocina un plato con huevos, frijoles y salchichas.

CECILIA: Lo que no tengo es jugo de mandarina... ¿de naranja está bien?

HERNÁN: Sí, sí, muy bien.

LAURITA: Con su permiso. Voy a lavarme los dientes.

CECILIA: En la tarde paso a comprar.

LAURITA: Este, voy a pasar un momento a, a lavarme los...

HERNÁN: De naranja está perfecto, Cecilia, de veras.

Laurita, a quien nadie le hace caso, toma furtivamente su libro y se mete al baño de visitas. Los miembros de la familia desayunan, cada quien en lo suyo: Nan lee la parte posterior de la caja de cereal; Ceci prolonga hasta lo inverosímil el esparcimiento de la mermelada en una rebanada de pan; Hernán come con apetito, y Cecilia corrige los trabajos de sus alumnos. Así, durante un largo, largo silencio.

CECI: ... Pues aquí no está el libro, ¿eh?

CECILIA: (*Sin quitar la vista de sus papeles.*) ¿Qué libro, Bicho?

CECI: El libro. El que hizo regresar a papá. Nosotros no lo tenemos.

CECILIA: Sí, debe andar por ahí.

CECI: Mamá, crecí durmiendo entre esos libros; mientras mis compañeritas jugaban resorte, yo exploraba los libros de mi papá; conozco esa biblioteca hasta el último rincón, ¡la conozco mejor que a mi papá! (*Pausa.*) Además, estoy segura, porque cuando me lo dejaron leer en la carrera tuve que sacarlo de la biblioteca de la facultad. Así que te puedo asegurar

que ninguna edición de *El doble*, de Dostoyevsky, está ni ha estado entre esos libros.

HERNÁN: No es cualquier edición. La de Conrado Guevara. Las otras no sirven, ¿verdad, Cecilia?

CECILIA: (*Sonriendo.*) Sí, tiene que ser la de Conrado Guevara... Por ahí ha de andar, escondido entre los otros libros. Luego le ayudas a buscarlo, ¿no, Bicho? Tú que sabes cómo están ordenados.

Analí sale del baño del fondo envuelta en una toalla y se detiene frente a la puerta abierta del cuarto de Ceci. Jaime sale de éste vistiendo otra camisa; se disculpa, le cede el paso a Analí y regresa a la sala, anudándose la corbata. Hernán se levanta.

HERNÁN: ¿Alguien necesita pasar al baño del fondo?

JAIME: Todo suyo, don Hernán.

Hernán se dirige hacia el pasillo y se topa con Camargo, quien está saliendo de la recámara nupcial en pantalón de casimir, camiseta de tirantes, pantuflas y una vieja bata de franela; en una mano trae una toalla, y en la otra, un bultito de ropa sucia.

HERNÁN: Ah...

CAMARGO: Vas tú, vas tú.

HERNÁN: No, cómo crees. Tú primero.

CAMARGO: De ninguna manera. Yo puedo bañarme llegando a mi casa. ¡Ándale!

HERNÁN: ... Voy a estar desarmado e indefenso, por si tú y Clitemnestra quieren aprovechar... No tienes ni la más remota idea de lo que te estoy hablando, ¿verdad?... A ver, Ceci, explícale aquí a Egisto cómo está lo del baño, ¿no?

Desaparece por la puerta del fondo.

CAMARGO: Hola, Ceci. Hola, Nan. ¿Su mami ya se fue?

No recibe respuesta. Se sienta a esperar en el sillón de la sala.

CECI: (A Jaime.) ¿Qué tanto hacías, eh? ¿Esculcándole sus tanguitas a la Autista?

JAIME: Bicho...

Por el pasillo aparece Analí, fresca y vaporosa, con el pelo mojado, camiseta ombliguera, minifalda, un sombrero coqueto y una cámara fotográfica cuya correa le cruza el pecho, separándole los senos.

CECI: Ahí te hablan, hermanito.

CAMARGO: ¿Van a salir?

CECI: Nan va a mostrarle las maravillas de esta ciudad y a entretenerla con su fascinante conversación.

NAN: ¡Trágate el clítoris!

Nan se mete a su cuarto.

JAIME: *You must visit the Museum of Anthropology. Tell Nan to take you there in the first place. And if you go to the Zócalo, don't miss the Cathedral. Have you ever been in the Cathedral?*

CECI: ¡Ay, Jaime!

JAIME: ¿Qué?

CECI: ¡Cómo va a haber estado en Catedral!

Nan abre la puerta que da al exterior. Cecilia se asoma desde la cocina, donde lavaba los platos.

CECILIA: Entonces me lo regresas a la una, ¿sí, Nan?

NAN: Llévate la pinche lata a tu congreso de cagada. Yo me voy en la troca de mi papá. (*A Analí, seco.*) Órale, pendeja.

CECILIA: Que se diviertan.

CAMARGO: Se van con cuidado.

JAIME: *Have fun.*

Nan y Analí salen.

CECI: ¿Green que logren cruzar media palabra, esos dos?

Laurita sale del baño de visitas, disimulando el libro a sus espaldas.

CECILIA: ¡Laurita! ¿Sigues aquí?

CECI: Ya nos tenías preocupados, cuñada. ¿Te echaste toda *La guerra y la paz*?

LAURITA: ¡No, si sólo me estaba lavando los dientes!

Cecilia enfila hacia el baño de visitas.

LAURITA: ¡No!

CECILIA: ¿... No?

LAURITA: ¡Mejor usa el otro!

CECI: Está mi papá.

LAURITA: ¡Es que... ahorita no puedes pasar!

CECILIA: ¡Ay, Laurita, por Dios!

Se mete al baño.

CECI: Tranquila, cuñada. Todos comimos lo mismo.

Laurita, sonrojada, se va al cuarto de Nan.

CAMARGO: ¿Sobró por ahí un poquitín de café?

CECI: No. Si quieres café, te lo vas a tener que hacer, Camargo.

CAMARGO: Sí, sí, no hay problema.

Camargo va a la cocina. Jaime se pone de pie.

JAIME: Ahora sí me tengo que ir.

CECI: Sí, claro; ahora sí, ¿no?

JAIME: ¿Qué tienes, eh, Bicho?

CECI: “¿Quieres conocer la ciudad?”, “*Do you want to go to the Museum of Anthropology?*”... ¿Qué los hombres de plano no pueden hacer sinapsis cuando tienen un par de nalgas enfrente?

JAIME: ¡Bicho...!

Laurita regresa.

LAURITA: ¿Y Nan?

CECI: Paseando a la Autista.

Laurita esboza un gesto de decepción. Hernán —vestido como antes, pero con el pelo mojado— sale del baño, toca discretamente en la recámara

nupcial para comprobar que no haya nadie y se mete. Camargo sale de la cocina revolviendo una taza de café instantáneo.

JAIME: Nos vemos, Laurita. Hasta luego, Camargo.

CAMARGO: Ándale, mano, que te vaya bien.

JAIME: Me despides de tus papás, Bicho, por favor.

CECI: (*Cansada.*) Sí, yo te despido... A ver, te acompaño acá abajo.

Salen. Camargo se sienta frente a Laurita. Le sonríe, afable. Sorbe su café. Pausa.

LAURITA: De seguro usted tampoco va a comer torrijas, ¿verdad?

CAMARGO: Tengo el colesterol por las nubes, mi niña... Pero se ven deliciosas.

Pausa.

CAMARGO: Yo creo que tú puedes sacarme de una duda... ¿Quién es Egipto?

LAURITA: ¿“Egipto”?

CAMARGO: Uno que asesina en los baños, o algo así...

LAURITA: ¡Egisto! El amante de Clitemnestra.

CAMARGO: ¡Ajá! ¿De quién es amante?

LAURITA: De Clitemnestra... ¿La esposa de Agamenón...?
De la *Orestíada*.

CAMARGO: Ah.

Pausa.

LAURITA: Yo también tengo algo que preguntarle. ¿Usted sabe cómo se fue? ¿El papá de Nan?

CAMARGO: Pues mira: hasta donde yo tengo entendido, una mañana que estaban terminando de desayunar, el esposo de Cecilia salió por cigarrillos... y pues ya nunca volvió.

Pausa.

LAURITA: ¿Pero por qué?

CAMARGO: (*Se encoge de hombros.*) Cecilia lo estuvo buscando durante algún tiempo. Luego, un día, recibieron una postal del Golden Gate. No decía nada: sólo traía los timbres y el sello de San Francisco. Ellos, pues... supusieron que él la había enviado. Después ya no volvieron a saber nada.

LAURITA: ¿Y por qué le siguieron guardando su lugar en la mesa? ¿Por qué Cecilia no se volvió a casar? ¡Con usted!

CAMARGO: Bueno, es que ellos, bien a bien, no sabían si pensaba volver...

LAURITA: Oiga... ¡después de veinte años...!

CAMARGO: Pues, ya ves que, en efecto...

LAURITA: ¿Y usted? ¿No se sentía incómodo? ¿No se siente incómodo ahora que él regresó?

CAMARGO: ... Son cosas que pasan.

Hernán sale de la recámara nupcial vistiendo ropa de hace veinte años, que le queda apretada: camisa, pantalón, saco. Otros cortes, otros colores, otros estampados.

HERNÁN: ¿Te cae que yo cabía aquí?

LAURITA: ¡Guau! ¡Qué saco más chido! Yo quiero uno así para Nan.

HERNÁN: Medio pasado de moda, ¿no?

LAURITA: ¡Ay, no; se le ve increíble!

HERNÁN: ¿... Tú crees?

LAURITA: Espectacular.

CAMARGO: Si necesitas, yo te puedo traer ropa, ahora que vaya a mi casa. ¿Qué talla eres?

HERNÁN: Gracias, Camargo, no es necesario.

Hernán se sienta.

CAMARGO: Con confianza, ¿eh?

HERNÁN: ¿Con confianza? ¿Te puedo preguntar una cosa?

CAMARGO: ¡Por supuesto!

HERNÁN: ¿Qué tal te coge Cecilia?

Ambos se miran fijamente.

LAURITA: ¡Híjole! Ya me tengo que ir a mi clase...

HERNÁN: ¿Qué, no cogen? ¿O por qué me miras así?

LAURITA: ... Es que hoy toca Repostería, y si llego tarde no alcanzo batidora. ¡Con permiso!

Se va. Hernán y Camargo la ignoran.

HERNÁN: Perdón, perdón, quién me manda a meterme en sus cosas...

- CAMARGO: ¡No, no! Es sólo que...
- HERNÁN: ¿... ajá...?
- CAMARGO: ... Bien. Supongo que bien.
- HERNÁN: ¡¿Lo “supones”?!
- CAMARGO: Bien. De hecho, muy bien.
- HERNÁN: Ya le habías echado el ojo, ¿no? Desde antes de que me fuera...
- CAMARGO: ¡No, cómo crees! Yo nunca me habría acercado si tú hubieras seguido con ella, si es a lo que te refieres...
- HERNÁN: No, no me refería a eso. Pero de cualquier forma, ya me respondiste. (*Pausa.*) ¿Y ahora? ¿Te gusta mi mujer, Camargo?
- CAMARGO: Bueno... Cecilia sigue siendo muy atractiva...
- HERNÁN: Ajá. ¿Y Analí?
- CAMARGO: ¡Ah!... ¿Te refieres a...? Perdón, es que... pensé que era tu hija...
- HERNÁN: ¿Y no?
- CAMARGO: ¿Eh?... Bueno, según parece...

HERNÁN: ¿No parece? ¿Mi hija?

CAMARGO: ... es, es tu novia, ¿no?

HERNÁN: ¿Y por qué no te la coges a ella también? Si es mi novia... ¡o mi hija!

Cecilia sale del baño de visitas con una toalla alrededor del torso, secándose el pelo.

CECILIA: El tanque del excusado está tirando agua.

Camargo hace por levantarse.

HERNÁN: Yo lo arreglo.

Se mete al baño.

CECILIA: ¿Te acerco al Instituto, Camargo? Ahorita me visto de volada.

CAMARGO: No. Quiero pasar a mi casa, ahora sí.

CECILIA: Pero te veo en la noche, ¿no?... Te veo en la noche.

Le da un beso apresurado y se mete a su cuarto. Camargo toma su bultito de ropa sucia.

CAMARGO: Yo me despido. Ha sido un gusto, Hernán, ¿eh?

HERNÁN: (Desde el baño.) El gusto es mío, doc.

Camargo se dirige hacia la salida, pero se detiene junto a la puerta, mirando el estudio con aire indeciso. Busca algo en los libreros. Encuentra un tomo. Lo saca, lo hojea. La puerta se abre; es Ceci, quien se le queda viendo con desconfianza.

CAMARGO: Este... quería pedirles si... ¿me lo pueden prestar...?

Ceci toma el libro y le echa un vistazo al lomo.

CECI: ¿La Orestíada, Camargo? ¿Te cae?

Se lo regresa con gesto poco amable. Camargo le agradece con una inclinación de cabeza y se va, con su hato bajo el brazo. Cecilia sale de su cuarto, vestida y apurada. Mete sus cosas al morral.

CECILIA: ¿Tú, Ceci, quieres un raid?

CECI: No, mamá, gracias.

CECILIA: ¿No te toca con tu asesor de tesis?

CECI: Sí, pero no. Hoy, hoy no pienso ir. Que me disculpen.

Se escucha el tanque del baño de visitas ser descargado. Reaparece Hernán, secándose las manos. Cecilia va a la cocina por un recipiente lleno de lechuga y agua, que deja sobre la mesa.

HERNÁN: Ya quedó.

CECILIA: ¿Te encargo la ensalada, Bicho? Hay que desinfectarla quince minutos... Nos vemos.

Se va apresuradamente, sin voltear a verlos. Ceci destapa el botecito de desinfectante y lo hace gotear, lentamente, sobre la ensalada.

HERNÁN: ¿Y sobre qué es tu tesis?

CECI: La perspectiva de género y el rol de las mujeres en la obra de Borges.

HERNÁN: Ah, ¿es que hay mujeres en Borges?

CECI: Juliana Burgos, Teodelina Villar... ¡Emma Zunz!

HERNÁN: ¿Y sí son mujeres? ¿O son hombres travestidos?

Pausa. Ceci sigue derramando, gota a gota, todo el desinfectante sobre la ensalada.

HERNÁN: ¿Y luego, qué sigue? ¿El posdoctorado? ¿O directamente vas a pasar al Instituto de Investigaciones Literarias, a uno de esos cubículos refrigerados donde guardan a los fiambres de la morgue, para que investiguen temas que no tienen relación con nada, salvo con las investigaciones de los fiambres del refri de al lado?

- CECI: ... Pues sí, fíjate que tengo una oferta para integrarme como investigadora al instituto. Y me siento muy orgullosa: eso no es algo que suceda comúnmente a mi edad.
- HERNÁN: ¡A tu edad, Ceci...!
- CECI: ¿... Qué? ¡¿“A mi edad”, qué?! ¿Te parezco pasada de años? ¿O por qué me lo dices?
- HERNÁN: Yo lo único que digo es que no es necesario que sigas haciendo algo que no te interesa, hija.
- CECI: ¿Que no me interesa?
- HERNÁN: No se necesita ser psicólogo para deducir que estás utilizando la literatura como un sustituto paterno. “Crecí durmiendo con esos libros”, “mientras mis amiguitas jugaban al doctor, yo exploraba los libros de mi papá...”.
- CECI: ¡Resorte! ¡Yo dije “mientras jugaban resorte”!
- HERNÁN: Está bien, digo, cada quien resuelve su Edipo, o su Electra, con lo que tiene a la mano. Pero es importante que reflexiones si realmente tienes vocación, o si estudiar letras es un mero acto-reflejo.
- CECI: ¿Tú qué sabes si tengo vocación para las letras?

HERNÁN: Cuando el interés es genuino, no se puede ocultar. Como la niña esa que anda con Nan... Mira, si te inscribiste a esa carrera como una forma de seguir mis pasos, o de estar más cerca de mí... puedes dejarla. Ya estoy aquí.

CECI: Ajá. ¿Por cuánto tiempo?

Hernán se queda en silencio. Ceci, alterada, toma la cajetilla que sigue intacta en la mesa, le quita el celofán y saca un cigarro. Lo enciende. Le ofrece otro a su padre.

HERNÁN: Gracias, no fumo.

CECI: ¿Cuándo dejaste de fumar?

HERNÁN: Cuando me fui.

CECI: Cuando te fuiste... por cigarros.

HERNÁN: De hecho, ya no compré esa cajetilla. En vez de eso, me fui... Llevaba mucho tiempo sintiendo la necesidad, cada vez más fuerte, de hacerlo. Dejar el cigarro. Pero aquí nomás no podía. Como con tantas cosas. También dejé de beber. De preocuparme por enfermedades que no existían... Todo eso lo dejé.

CECI: Sí, todas esas cosas perniciosas: el cigarro, la bebida... tus hijos...

- HERNÁN: No manipules mis palabras, Ceci.
- CECI: ¿Por qué te fuiste, papá?
- HERNÁN: Estaba cansado. Cansado de leer aventuras, en vez de vivirlas.
- CECI: Entonces, ¿fue eso? ¿La necesidad de vivir experiencias sobre las que luego pudieras escribir...?
- HERNÁN: No te niego que esa idea también cruzó por mi cabeza en los primeros tiempos... pero hace mucho que renuncié a la aspiración de escribir. No tengo la capacidad ni la paciencia. Ni la imaginación. ¡Ni siquiera pude idear una manera más ingeniosa de irme! “Salió por cigarrillos y nunca volvió”. Qué lugar común.
- Pausa.*
- CECI: No. No, discúlpame. No. Yo no me voy a conformar con eso. ¡A mí sí me vas a resolver las dudas que he querido preguntarte todos estos años!
- HERNÁN: Pregúntame.
- CECI: ¿Te fuiste con alguien? ¿Hubo otra mujer...?

HERNÁN: Hubo otras mujeres, claro. La vida siguió. Pero eso no tuvo nada que ver.

CECI: ¿Cuánto tiempo llevabas planeándolo?

HERNÁN: No, la idea surgió de improvisto. Lo que sí llevaba tiempo creciendo en mi interior era... una sensación de... pánico... Esa mañana, al salir a la calle, sentí que si no me iba en aquel preciso momento, ya nunca más iba a poder. Lo supe de pronto: supe que era lo que tenía que hacer. Era eso, o... diluirme... Así que dejé atrás la tiendita y me seguí de frente, siempre de frente, sin detenerme a ver lo que estaba dejando a mis espaldas...

CECI: Como Orfeo...

HERNÁN: Orfeo sí volteó.

Pausa.

CECI: Si ya no la querías, ¿por qué simplemente no te divorciaste de ella?

HERNÁN: Al contrario: estaba más enamorado que nunca. Tu mamá era de una belleza... avasalladora... Y su inteligencia... No había manera de resistírsele. Yo, al menos, nunca lo logré.

CECI: Es que... no tiene sentido... ¿por qué huir, entonces? ¿Qué pensabas... que ella no iba a ser capaz de rehacer su vida sin ti? ¿En tu inmensa soberbia creíste que se sentaría a esperarte todos estos años, como Penélope? ¿Por eso le mandaste esa postal de San Francisco, para que supiera que no estabas muerto? Porque tú la mandaste, ¿no? (*Pausa.*) Lo curioso es que yo ya sabía que estabas vivo. Siempre te sentí cerca. Sin metáforas. A cada rato tenía la sensación de que estabas por ahí, espiándome, mientras yo iba a la escuela, o jugaba en el parque, o acompañaba a mamá al súper... ¿Estabas ahí?

HERNÁN: ¿*Wakefield*...?

CECI: ¿Estabas?

HERNÁN: La postal venía de San Francisco, ¿no?

Pausa.

CECI: ¿Te acordabas de nosotros? ¿En tus viajes...?

HERNÁN: Todo el tiempo. Sobre todo de ti.

CECI: ¿Por qué no me hablaste? ¡Por lo menos podías haberme escrito una carta!

HERNÁN: Ya te dije que renuncié a escribir.

Sonríe débilmente. Pausa.

CECI: ¿A qué regresaste, papá? ¿Por qué ahora, cuando ya estábamos acostumbrados a que fueras un plato más en la mesa? Pero claro, tenías que escoger una cifra redonda, una cifra con resonancias clásicas: ¡Odiseo regresando a Ítaca después de 20 años! Y acompañado de... ¿la ninfa Calipso? ¿O eres Próspero, que vuelve a Milán con Miranda?

HERNÁN: (*Sonríe.*) Te heredé mi peor parte: la capacidad de usar la literatura como una mina de sarcasmos culteranos... pero si todo se reduce a eso, Ceci, si no está la otra parte: la auténtica pasión por los libros, créeme, no tiene sentido...

CECI: No evadas mi pregunta, papá: ¿a qué viniste realmente? Porque lo del libro es una ocurrencia, ¿no? ¿O qué hay, en ese libro, tan importante como para hacerte volver?

HERNÁN: Por Analí. Vinimos buscando a su familia.

Pausa.

CECI: ¿Sus papás son de aquí?

HERNÁN: Su papá. Y sus hermanos. Su mamá... ya no está con nosotros.

CECI: ¿Y la encontraron? ¿A su familia?

HERNÁN: ... En éstas estamos.

Pausa.

CECI: Pues yo sí, papá. Yo sí me senté a leer los libros de la biblioteca en lo que tú regresabas. Como Penélope. A leerlos de día y olvidarlos de noche... Durante mucho tiempo imaginé tu regreso. A veces, llegabas para llevarme contigo, a mí sola. Fantasías de adolescente edípica, como tú dices...

HERNÁN: “Eléctrica”.

CECI: Otras, venías a pedirnos perdón.

HERNÁN: Perdón. (*Pausa.*) ¿Perdón de qué?

CECI: ¿¡De habernos dejado!?

HERNÁN: Ceci... no puedes vivir permanentemente con esa actitud sólo porque tu papá se fue cuando tenías nueve años.

CECI: ¿Qué actitud?

HERNÁN: Resentida, siempre de mal humor... Como si todos te debieran algo. ¿No te das cuenta cómo le hablas al tal Joaquín?

- CECI: ¡Jaime!
- HERNÁN: Ya ni menciono a Camargo. El tipo es de hueva, digo, pero no se merece que lo trates así...
- CECI: Así que ahora resulta que la del problema soy yo. Que quiero cobrarle al mundo con mi mal humor... ¿Mal humor? ¿Y lo de mi hermano, qué es? El pequeño Calibán.
- HERNÁN: Lo de Nan es diferente. Es obvio que quiere llamar la atención.
- CECI: Es obvio que está pidiendo a gritos una figura paterna. Porque Camargo, pues, definitivamente no. Lo más cercano ha sido Jaime.
- HERNÁN: ¿Cuánto tiempo llevas con él?
- CECI: Desde la secundaria. Fue mi primer novio.
- HERNÁN: ¿Y por qué no se han ido a vivir juntos?
- CECI: Sí, sí. De hecho, lo pensamos hacer. Lo que pasa es que él ahorita está de dibujante en un despacho, y yo, pues tengo que terminar el doctorado.
- HERNÁN: Ceci... ¿tú estás enamorada de él?

CECI: ¡Pues claro que sí! Jaime me quiere mucho, y es súperconsentidor y comprometido.

HERNÁN: Ajá, pero... tú: ¿estás enamorada?... *(Pausa.)*
No, Ceci, eso sí que... No te quedes al lado de un hombre del que no estás enamorada.

CECI: ¿Pero quién dice que no estoy enamorada?
¡Claro que estoy enamorada!

HERNÁN: Antes titubeaste.

CECI: ¡Pues no, fíjate, no titubeé! Me quedé pensando que qué caradura, la verdad, venirme a decir esas cosas. “Tú no tienes vocación para las letras”... ¡“tú no estás enamorada de él”!... O sea, ¿con qué derecho opinas si quiero o no quiero a mi novio, si tú ni sabes cómo nos llevamos, ni cómo es nuestra relación? ¡Si tú ni has estado aquí, papá! Él sí, ¿eh? Jaime sí ha estado. Todo el tiempo. De hecho, él ha estado aquí más tiempo que tú.

HERNÁN: Tú no eres Electra... ni mucho menos Penélope. Penélope menos que nadie. Deja de enviar a tu mamá y vive tu propia vida, Cecilia.

La abraza.

CECI: ... ¿Quieres saber qué le envidiaba a mamá? El ámbar. El que le regalabas cada cumpleaños, ¿te acuerdas?

HERNÁN: Sí, a ella le encantaban.

CECI: A mí, en cambio, me daban... vértigo. Nomás de imaginar al insecto atrapado ahí adentro, luchando sin esperanza por salir de la resina...

Se agarra de su papá, con un escalofrío. Pausa.

HERNÁN: Tal vez ni siquiera se haya dado cuenta de nada... Tal vez siguió caminando, con la convicción de que avanzaba, mientras la savia iba cristalizando a su alrededor.

Se quedan abrazados, en silencio.

Oscuro lento.

Segundo acto

Escena 1

Atardece. En el comedor en penumbra, Nan y Analí están frente a la laptop, cuya luz azulosa les ilumina el rostro. Analí no quita la vista de la pantalla; Nan no quita la vista de Analí. Lo que ella ve parece divertirla mucho.

NAN: *(De buen humor.)* ¿De qué te ríes?... ¿De qué te ríes, chingada verga? *(Contagiado.)* ¡No mames! ¡Ya dime qué te parece tan cagado!... ¿No me entiendes?... Sí me entiendes, culera, y nomás te estás haciendo pendeja. *(Ríe.)* ¡A

huevo! Nos has estado haciendo pendejos todo este tiempo, ¿verdad, pinche cabrona?

Nan mete la mano en una gran bolsa llena de chamoys, le pasa uno a Analí y abre otro con los dientes. Analí ríe de lo que ve en la pantalla. Nan ríe más.

NAN: ¡Ajá, no mames!

Hernán entra al departamento cargando un árbol de la vida y se los encuentra muertos de la risa. Ellos no parecen percatarse de su presencia.

HERNÁN: Quihubo... ¿Qué tal el paseo?

Analí ríe de algo que ve en la compu. Nan ríe con ella.

HERNÁN: ¿A dónde fueron, por fin? ¿Al Templo Mayor?

NAN: (Ríe.) “Al Templo Mayor”... ¡No mames con este güey!

Hernán apoya el árbol de la vida sobre la consola del comedor. Analí mira a Nan, como queriéndole decir algo.

NAN: ¿Quieres que te enseñe cómo hago los pinches monos?... Vas.

Nan y Analí toman la bolsa de chamoys y se meten a la recámara del primero. Hernán va a la cocina, abre un anaquel y regresa con la vieja

- HERNÁN: No, sí. Camargo ha sido el hombre de esta casa durante ya muchos años.
- JAIME: (*Chasquea la lengua.*) ¡“El hombre de esta casa”! El hombre de esta casa he sido yo, don Hernán. Sin falsas modestias. Camargo de pronto le echa la mano a mi suegra con algunos trámites, arreglitos eléctricos... ¡pero yo todo el tiempo lo he estado vigilando, para que al menor intento de ocupar su lugar...! (*Hace un gesto terminante. Pausa.*) Usted no sabe lo importante que es su regreso. Sobre todo para Ceci. Para ella esto es... ¡uf!... Justamente quería yo hablarle de mi relación con su hija.
- HERNÁN: No.
- JAIME: ¿... No?
- HERNÁN: Son sus cosas.
- JAIME: No, no, pero yo quiero que sepa que mis intenciones son serias. Amo a Ceci y aspiro a formar una familia con ella.
- HERNÁN: ¿Y ya se lo dijiste?
- JAIME: Es que, justamente por alguna razón que no acabo de entender, ella como que se resiste a formalizar nuestro compromiso. Usted siempre ha sido una figura... que le digo importan-

te, monumental para Ceci. Si usted hablara con ella...

HERNÁN: Mira, Javier...

JAIME: Jaime.

HERNÁN: Me caes bien, mano, pero no voy a andar grillándote a mi hija. Si quieres que viva contigo, háblalo con ella.

JAIME: No, si hablado ya está. Habladísimo. ¡Hasta tenemos los nombres que le vamos a poner a nuestros hijos!

HERNÁN: (*Distraído, volteando hacia el pasillo.*) ¿Ah, sí?

JAIME: Si es niña, Cecilia. Y Hernán, por supuesto, si es un varón.

HERNÁN: ... No veo por qué los niños tengan que cargar con el nombre de sus ancestros. ¡A estas alturas...!

JAIME: Los nombres no son problema. De veras. La cosa es que, mientras yo no tenga un lugar que ofrecerle a Ceci... Y, pues, por el momento, mi sueldo no me permite... Pero yo he estado pensando, don Hernán, que si vendiéramos este departamento —Ceci me ha dicho que está a nombre de usted, ¿no?—,

con ese dinero, y algo que pidiéramos prestado al banco, nos alcanzaría para construir un pequeño conjunto. Obviamente, yo me encargo del proyecto arquitectónico. ¿No nos gustaría seguir viviendo todos juntos, pero mucho más cómodos, ahora que la familia ha crecido? Ya ve, en la mañana, el relajo que es con los baños. ¿Cómo le suena, don Hernán? Mire, yo conozco un terreno que prácticamente nos saldría regalado...

La puerta del departamento se abre. Entra Ceci cargando con aire cansino un montón de libros empastados en verde bibliotecario. Jaime se apresura a ayudarla.

JAIME: ¿Cómo eshtá mi bichito pechocho?

Le da un beso, que Ceci no le corresponde.

CECI: Ponlos ahí en la mesa, ¿sí?

JAIME: ¿Qué tienes, Bicho?

CECI: Me quiere dar migraña.

JAIME: ¿Comiste?

Ceci niega.

JAIME: Pues con razón. ¿Quieres que vea si sobró del pollo de ayer?

CECI: No tengo hambre, Bicho, gracias.

Saluda con un gesto seco a Hernán, quien le corresponde con otro ademán. Ceci revuelve los cajones del comedor en busca de algo.

CECI: ¿De qué hablaban ustedes dos?

HERNÁN: El arqui me estaba vendiendo su proyecto.

CECI: ¿Qué proyecto?

JAIME: Nada, Bicho.

HERNÁN: La casa-pueblo.

JAIME: ¿De veras no quieres que te haga una sopita?
Te caería muy bien.

CECI: En todo caso, un té.

HERNÁN: Déjalo, Julián, yo se lo preparo.

Se mete a la cocina.

CECI: ¿Qué es eso de la “casa-pueblo”?

JAIME: Nada... es que desde hace tiempo vengo pensando...

CECI: (A Nan, que regresa cargando las luces para su animación.) ¿Tú no has visto el Saridón, Nan?

NAN: Me quitas tus libros chaqueteados de la mesa.
¡Pero como vas, pinche barril de mierda fermentada!

JAIME: ¡Óyeme...!

NAN: Y de una vez llévate al mamavergas este.

CECI: (A Jaime, conteniéndolo.) Súbeme los que faltan,
¿sí, Bicho? Lo estacioné junto a la panadería.

Le extiende las llaves del coche. Jaime mira con rabia a Nan y sale. Hernán ha contemplado la escena desde la puerta de la cocina, con una taza humeante en la mano.

HERNÁN: Tu té.

CECI: Déjame ahí encima. Voy a ver si en el cuarto
de mi mamá...

Se mete al cuarto matrimonial en busca de la medicina. Hernán se acerca a dejar el té en la mesa.

NAN: ¡En mi mesa ni madres! ¿Eh, puto?

Nan, malhumorado, tira al suelo los libros de Ceci e instala en la mesa la escenografía y los animales de plastilina de su animación. Hernán lo mira en silencio, sosteniendo la taza.

HERNÁN: Desde chico te gustaban los animales. Siempre querías que el domingo te llevara al zoo-

lógico “a ver al orasgután”. Yo te subía aquí, en mis hombros, para que alcanzaras a ver... y para que no te me fueras, como ese día que te solté un segundito para darle dinero a tu hermana, que quería un algodón, y cuando volteé ya no estabas. Te buscamos por todas partes; le preguntamos a los vendedores, a los vigilantes, te voceamos... Nada. Te habías esfumado. Cada minuto que pasaba, yo... ¡Por un momento pensé...! (*Pausa.*) Y de repente, ahí estabas: prácticamente en el mismo lugar donde te me habías perdido, viendo a los tigrés como... hipnotizado... ¿Te acuerdas?

NAN: ¡Cuidado, pendejo! Me estás moviendo la escena.

Instala las luces y las enciende. Observa el escenario, insatisfecho. Voltea a su alrededor y se fija en el árbol de la vida. Lo inspecciona un momento y lo integra a su escenografía.

HERNÁN: ¿Qué hicieron, finalmente?

NAN: ¿Qué hicimos de qué?

HERNÁN: Tú y Analí.

NAN: Ah... Pues paseamos. Tragamos. Y luego, cogimos. (*Pausa. Se ríe.*) Ahora sí se te frunció, ¿verdad, culero? ¿Qué dijiste?: “este hijo de la chingada ya se anda tirando a mi nalguita” ...

¡A huevo! (*Con voz de documental científico.*) “El macho joven le disputa el control al líder de la manada apareándose con sus hembras...”.

HERNÁN: ¿Te atreverías?... No te atreverías.

NAN: ¡A huevo que me atreví, pendejo! (*Ríe.*) ¡La jeta que pone este güey! ¡Soy tu hijo, no mames!

HERNÁN: Precisamente.

NAN: ¿“Precisamente” qué?

HERNÁN: ¿Qué quieres demostrar, Nan? ¿Qué me quieres demostrar con esto?

NAN: ¡Vete a la verga! Yo no tengo por qué demostrarte una chingada.

HERNÁN: ¿Ah, no? Porque cualquiera diría que la idea de que tú y Analí tuvieran algo que ver te resulta bastante atractiva...

NAN: ¿Y a ti no, pendejo? Se te entiesa la reata, no me digas que no. ¿O por qué armaste todo este numerito de que la llevara a pasear, y me prestaste tu pinche troca jodida, y hasta una lanota me diste? ¡Sólo te faltó recomendarme el hotel! Pinche viejo retorcido de cagada.

HERNÁN: Desahógate. Insúltame más. Yo sé que necesitas sacar el rencor, perfectamente comprensible, que me guardas por no haber estado aquí todos estos años.

NAN: ¡No me vengas con tus formulitas de libro de autoayuda! Si te digo “pinche viejo retorcido de cagada” es porque eres un pinche viejo retorcido de cagada. A mí tu telenovela esa me vale pito, por mí mejor que no hayas estado: un pendejo menos al que escuchar en esta familia caguengue.

HERNÁN: ¿Lo ves? Pero al que agredes con esos insultos, en última instancia, es a ti mismo, Nan.

NAN: ¡Vete a la verga!

HERNÁN: Necesitas perdonarme, hijo. No por mí. Por ti. ¿O quieres acabar como tantos maricones que se sienten abandonados por su papá?... Tú no serás maricón, ¿verdad?

*Nan le hace una seña fálica con el dedo y sigue armando su animación.
Pausa.*

HERNÁN: Dame las llaves... ¿Nan?... Ah, otra forma de castigarme. El silencio. No existo. Soy un fantasma... Pero hasta Hamlet habló con el fantasma de su papá. Aunque por lo visto, a ti te gustaría más ser Hipólito, ¿no?

- NAN: ¡A mí no me metan en sus jueguitos culteranos mamones! Si quieres decirme algo, díme-lo al chile.
- HERNÁN: No sabes con quién te metes. Analí es...
- NAN: ¿... Analí es qué, güey?
- HERNÁN: ... Ten cuidado con lo que haces.
- NAN: ¿Me estás amenazando, puto?
- HERNÁN: Tú tienes una novia muy linda, Nan.
- NAN: ¡No mames! ¿A poco te gusta esa pinche cursi? ¡Pues cógetela! Así quedamos a mano. ¿O qué, ya no se te para? ¿No te han dicho que existe el Viagra, pinche vergaguanga? (*Con voz de documental científico.*) “La hora del macho de la manada ha comenzado a declinar. Ya no puede cumplir más su papel como perpetuador de la especie...”.
- HERNÁN: Las llaves de mi camioneta.
- NAN: ¡Estás pero pendejo! Esa camioneta ahora es mía.
- HERNÁN: Las llaves, Nan.

NAN: (Con voz de documental científico.) “Los esfuerzos del macho viejo son en vano. La manada tiene un nuevo líder...”

Con un movimiento brusco y preciso, Hernán lo somete contra la mesa, agarrándolo de la greña. Nan intenta zafarse, profiriendo extraños gemidos animales; pero Hernán es más fuerte.

HERNÁN: Todas esas actitudes ridículas: los insultos, los monos, los vocecitas chistosas, ¿sabes de dónde derivan?... No del rencor, no. De la autocompasión. ¿Hasta cuándo vas a seguir lamiéndote las heridas por algo que pasó hace veinte años? Y que ni fue tan terrible. Miles de niños crecen sin su papá, y no por eso se vuelven unos minusválidos el resto de sus vidas... ¿Cuántos años tienes, Hernán? Ya no estás tan chiquito. Yo a tu edad ya los había tenido a ustedes. Ya hasta estaba pensando en dejarlos.

Esculca a Nan y le saca las llaves de la camioneta.

NAN: ¡Devuélvemelas, imbécil!

HERNÁN: ¿Y tú... no quieres irte, Nan? Si es para eso, tómalas. Pero te vas hoy mismo. Y no hay vuelta atrás.

Le muestra las llaves. Nan lo mira en silencio. De pronto, se las arrebata y corre a encerrarse en el baño. Hernán se lo impide. Luchan, uno de cada

lado de la puerta, hasta que ésta cede. Hernán entra. Se escucha forcejeo dentro del baño. Finalmente aparece Hernán, con las llaves en la mano; se deja caer en el sillón, exhausto. Un momento después, Nan sale del baño, sobándose la muñeca, y se sienta en una silla del comedor. Padre e hijo recuperan el aire.

HERNÁN: ¿Quieres saber por qué me fui? Un día me di cuenta de que sentía envidia de ti. Envidia. Y que conforme crecieras, sólo te iba a envidiar más.

Suena el timbre del departamento. Ellos no le hacen caso.

NAN: ¿Envidia de qué? ¡Yo era un pinche escuincle de cinco años!

HERNÁN: De todo lo que ibas a hacer. Me vi a mí mismo a esta edad, con las aspiraciones de juventud disueltas en el camino; uno de esos papás raverdes que se masturban pensando en las novias de su hijo; el típico escritor fracasado que exhibe en la vitrina de la sala su medalla de veinticinco años de cátedra ininterrumpida... Ahí mismo decidí vivir todo lo que había dejado pendiente, en vez de proyectar mi frustración hacia ti.

El timbre vuelve a sonar.

CECI: *(Desde la recámara.)* ¡Naaaan! ¿No oyes que están tocando!

NAN: ¿Y ahora? ¿Ya no me envidias?

Hernán lo mira en silencio.

NAN: ... 'Tás cabrón. Pinche güey patético, me cae.

Vuelven a tocar. Ceci, furiosa, sale del cuarto de su mamá.

CECI: ¿Qué en esta casa nadie es capaz de dar tres pasos y abrir la puerta?... ¿Y ustedes qué se traen, eh?

NAN: Nada, casi me rompe el brazo, el pinche chaquetero éste... (*Se levanta. A Hernán.*) Ah: y qué rico aprieta su pinche coñito rasurado, ¿eh?

Se va a su cuarto. Ceci los mira, preocupada. El timbre toca con insistencia. Ceci abre la puerta.

CECI: ¡Ya voy!... Ah. Eres tú. ¡Naaan... tu nana!

Entra Laurita, con uniforme de chef, lleva un pastel en las manos.

CECI: ¿Es tu cumpleaños?

LAURITA: No. Es un detalle para Nan.

Ceci se mete a la cocina, desde donde la oímos abrir y cerrar anaqueles. Laurita deja el pastel sobre la mesa y se quita el gorro y la red.

LAURITA: ¡Uf! Tuve que preparar *won tones* y rollitos primavera para cien comensales...

Hernán se levanta y sale del departamento sin siquiera mirarla. Ceci regresa de la cocina y se pone a abrir cuanto cajón encuentra.

CECI: ¿Tú no has visto el Saridón?

LAURITA: Híjole, no. ¿Te sirve una aspirina?

CECI: Uy, Laurita, a mi migraña tu aspirina no le hace ni cosquillas... (*Se inclina a recoger los libros que Nan dejó en el suelo.*) Por lo menos podría ponerlos encima de la silla... ¡Naaaaaan! (*A Laurita.*) Están en su cuarto.

LAURITA: ¿... “Están”?

Ceci se mete al estudio cargando sus libros, enciende la vieja computadora de escritorio y se prepara a trabajar en su tesis. Laurita se acerca a la puerta de Nan, que tiene seguro; trata de escuchar lo que sucede al otro lado.

LAURITA: ¿Nan?... ¿Nan?

La puerta se abre. Nan sale de su cuarto con la cámara y el tripié, que lleva a la sala. Laurita lo sigue.

LAURITA: ¿Qué hacían, eh?

NAN: ¿Quién puso esta chingadera sobre mi mesa?

LAURITA: Te lo preparé en mi clase de repostería.

NAN: ¿No entiendes que me cagan los putos pasteles?... Desaparécelo. ¡Pero ya!

Laurita quita el pastel de la mesa. Nan coloca la cámara en el tripié. Analí sale del cuarto de Nan y mira a Laurita, quien la observa con recelo.

NAN: A ver, siéntate aquí.

Le jala una silla a Analí. Laurita lo mira con el rostro descompuesto.

NAN: Mira, ésta es la mesa de animación. Normalmente debería quedarse siempre montada; pero en este pinche congala a cada rato me la arman de pedo, así que tengo que hacer puras secuencias cortitas. Cuando de a tiro se ponen muy pendejos, me subo a la azotea... Con esta cámara voy haciendo cuadro por cuadro, ¿sí sabes lo que es “cuadro por cuadro”?

LAURITA: Sí, o sea, le va sacando fotos a los muñecos de a poquito y luego las...

NAN: ¿A ti quién chingados te está preguntando? ¡“Les vas sacando fotos de a poquito”! ¡Si vas a decir pendejadas, mejor cierra el pinche hocico apestoso!

LAURITA: Pues así es como le haces, ¿no?

NAN: ¡Cállate!

LAURITA: ¡Nan...!

NAN: ¡Cállate, pendeja!

CECI: (*Desde el estudio.*) ¿Pueden insultarse más bajito, que me duele la cabeza?

NAN: ¡Fumígate el coño! (*A Analí.*) Supón que quiero que este pingüino salude. Lo pongo, le tomo una foto; le muevo tantito el brazo, le tomo otra foto; una chingaderita más, foto... El pedo es que también tiene que parpadear, entonces le voy bajando las cejas, ¿ajá?... Y el león del fondo no puede quedarse quieto: que menee la cola tantito... y... que el viento le mueva la pinche melena... Todo eso para un pinche cuadro. Son veinticuatro por segundo. Muchos pendejos te dicen que sólo hagas doce, pero se ve de la verga. Yo hago puras animaciones a veinticuatro cuadros. Saca cuentas: son mil 440 veces de andar moviendo estas chingaderas para tener un puto minuto, que es lo mínimo que te aceptan los pinches festivales culeros...

Ceci, que ha intentado infructuosamente estudiar, pasa rumbo a la cocina.

CECI: No sé cómo tienes la paciencia para eso. Yo no podría.

NAN: ¡Cada quien con sus putas chaquetas! ¿Tú cuándo acabas tu doctorado?

CECI: Ve levantando tu tinglado. Ahora sí voy a comer.

Se mete a la cocina, donde enciende el microondas. Nan recoge sus muñecos con irritación.

NAN: (A Analí.) ¿No te digo? Vámonos a la puta azotea. (A Laurita.) ¡Ni se te ocurra tocar nada! ¿Eh, pendeja?

Sale hacia las escaleras, seguido por Analí. Ceci regresa de la cocina y se encuentra a Laurita muy alterada.

CECI: ¿A poco todavía te lo tomas en serio, cuñada? Es la manera que tiene de no comprometerse con nada: agredir a quienes lo queremos. Pero son puras balas de salva.

LAURITA: ¿Por qué con ella sí es cortés? Con la Anoréxica.

CECI: Tal vez la maltrate menos que al resto... que en el caso de mi hermano, efectivamente, podríamos tomarlo como un gesto de caballerosidad; pero...

LAURITA: ¡Le acercó una silla para que se sentara!

El microondas suena.

CECI: ¿Mi hermano le acercó una silla?

Laurita asiente. Ceci la mira con preocupación. La puerta del departamento se abre; entra Nan.

CECI: ... Ustedes dos deberían platicar.

Ceci se mete a la cocina y un momento después sale hacia su cuarto revolviendo unos fideos instantáneos. Laurita no le quita la vista de encima a Nan, quien termina de recoger los implementos de su mesa de animación sin dirigirle la mirada.

LAURITA: ¿Qué hacían en tu cuarto?... ¿Nan...? Si pasó algo entre ustedes, yo puedo entenderlo. Yo sé por lo que tú estás pasando: sé que todo esto no está siendo nada fácil para ti... Y, y entiendo que a veces uno puede tener un momento de debilidad. No es el fin del mundo. Pero necesitamos hablarlo. Tenemos que hablar de lo que pasó, porque si no, entonces sí puede volverse algo que luego ya no podamos superar... ¿Nan?... ¡Dime algo!

NAN: ¿Quieres que te diga algo? Te lo digo: eres una pinche alucinada, histérica, cursi aferrada de la puta mierda. Vete a la verga, pendeja; no quiero volver a ver tu pinche jeta deforme por aquí, ¿me entendiste?... ¿Me entendiste, o te lo pongo más claro, pinche tumor extirpado de la matriz agusanada de tu recogidísima madre?

NAN: Qué se me hace que tú también te la quieres tirar, ¿verdad?... ¡A huevo!

JAIME: ¡No seas imbécil! Laurita es tu novia y como tal la respeto.

NAN: Hablo de Analí. ¿A poco no se te antojan sus chichitas duritas? ¿Mh? Y sus pezones rositas y paraditos... ¿No preferirías estártela tirando a ella en lugar de a la pinche Moby Dick?

Jaime estalla: lo empuja violentamente y arremete a golpes contra él. Nan se hace bolita, sin defenderse. Ceci regresa y contiene a Jaime.

CECI: ¡Jaime!... ¿Qué te pasa, Jaime?... ¡¡Jaime!!

JAIME: ¡¡Estoy hasta la madre de las majaderías de este pendejo!! ¡¡A mí no me va a hablar así, carajo!!

CECI: ¡Tranquilízate, por favor! (A Nan.) ¿Qué le dijiste?

NAN: Nada. Yo nomás le pregunté si no se le antojaban las chichitas duritas y los pezones parados de...

JAIME: ¡¡Que te calles, imbécil!!

Se le va encima a golpes, fuera de sí. Ceci, con bastante esfuerzo, logra separar a su novio.

CECI: ¡Ya, Jaime, ya! ¡Ya!... ¡Ve a la farmacia y me traes una caja de Saridón!

Jaime resuella, viendo fijamente a Nan. Le da una patada a la mesa y sale del departamento. Nan se limpia un hilo de sangre que le sale de la nariz.

CECI: ¿Estás bien?

NAN: ¿Tú qué crees, pendeja? Es la segunda putiza que me ponen en el día.

Levanta los muñecos que, con la patada, se han caído de la mesa.

CECI: Es que te pasas, Nan. Con todos. A mí ya me da igual, pero te digo una cosa: si sigues tratándola así, vas a perder a tu novia. ¡Lo único bueno que te has conseguido! Tal vez no sea la mujer de tus sueños; pero para tus opciones, hermanito... No te vayas con la finta: la gente normal, la gente de allá afuera, no se queda estancada durante años en una situación que le resulta molesta... ¿¿Me estás escuchando?!... ¡Di algo, carajo! ¿O la niña esa ya te pegó su autismo?

NAN: Ustedes también deberían aprender a cerrar la pinche bocota cuando no tienen nada inteligente que decir. Pinche Analí es a toda madre, ella sí entiende mi pedo.

CECI: ... Impresionante. Es sencillamente asombroso cómo enloquecen con esa puberta... Pero no vas a intentar nada con ella, ¿verdad?

NAN: ¡No mames! Ni mi vieja me hace estas escenas.

CECI: ¿Qué hicieron después de ir al centro?

NAN: No fuimos al centro.

CECI: ¿No?

NAN: A los dos nos dieron hueva las pinches pirámides de cagada, así que nos regresamos a seguir con mi animación.

CECI: ¿Y qué más? (*Pausa.*) O sea, Nan, tú no puedes clavarte con ella, ¿estás consciente de eso? Ciertos límites se tienen que respetar...

NAN: ¿Yo por qué le voy a andar respetando su vieja a ese pendejo? Para mí es como la nalga de cualquier pinche desconocido.

CECI: ¡No, Nan! O sea, igual y la Autista es nuestra hermana.

Pausa. Nan ríe.

NAN: ¡No mames!

Ceci lo mira, seria.

NAN: ¡Coger con mi hermana...! Me cae que eso sí nunca pensé que se me fuera a antojar.

CECI: No juegues, Nan, ¿te la cogiste?... ¿Te la cogiste?

El otro guarda silencio.

CECI: (*Para sí, pasmada.*) ¡... Lástima que sea una puta!

NAN: ¿Te da envidia? ¿Te gustaría andar tú también por ahí de putota, eh, pinche malcogida?

CECI: No, Nan; estoy hablando de la obra isabelina...

NAN: Pues ahí está Camargo, pendeja. ¿Por qué no te echas un palo con él?

CECI: ¡Ay... Nan! ¡No digas asquerosidades!

NAN: No te hagas, bien que te escurría la panocha cuando te explicaba lo de Pitágoras, y équis arriba de ye...

CECI: ¿Con Camargo? Ni aunque fuera el último hombre sobre la tierra.

NAN: ¿A ti por qué te caga tanto ese güey? Desde el primer día te cagó.

- CECI: ¿A ti no?
- NAN: A mí me da igual. Es el camote de mi jefa.
- CECI: No quieras negar que todo esto también te ha afectado. O sea, ¡mírate! A tus tiernos veinticuatro años todavía no decides ni qué vas a estudiar.
- NAN: ¿Y quién dice que yo voy a estudiar? Esas son mamadas para seguirse haciendo pendejo. A ver a qué horas dejas los posgrados y te pones a chingarle, o a parir fetos cagones, o a lo que sea en lo que pienses desperdiciar tu pinche vida culera.
- CECI: ¿Y hasta cuándo piensas vivir aquí? Ya que no piensas seguir estudiando.
- NAN: Yo no me pienso ir de aquí. Aquí tengo todo: techo, comida, un razonable margen de libertad... También tengo que andarlos soportando, pinche bola de mamones; pero no por eso me voy a largar. ¡Váyanse ustedes! Y así me liberas tu cuarto para mis animaciones.
- CECI: Tal vez para jugar a los noviecitos no te haga falta más; pero créeme, el día que tengas una relación de verdad, una relación adulta, vas a pedir a gritos un espacio propio... No es contra Laurita, ¿eh? Ella me cae súper bien. Pero,

hermano, tú para madurar necesitas otro tipo de mujer...

NAN: ¿Qué, una pinche elefanta premenopáusica como tú?

Toma sus muñecos y sale del departamento, deja abierta la puerta.

CECI: ¡Nan...! ¡Naaan...!

Cierra la puerta. Casi de inmediato suena el timbre. Ceci abre, furiosa.

CECI: ¡Y a ver si ya te acostumbras a llevarte las lla...!

Se interrumpe, pues del otro lado de la puerta está Camargo, con su portafolios y dos mudas de ropa limpia cubiertas por el plástico de la tintorería.

CAMARGO: Buenas, buenas. ¿Se puede...?

Ceci asiente, malhumorada. Camargo pasa y deja su portafolios junto a la consola del comedor.

CECI: Mira, Camargo, para nadie es un secreto que tú y yo nunca nos hemos llevado bien...

CAMARGO: ¡No! Oye, puede que no sea tu cuate del alma, pero ¿“mal”...?

CECI: ¡Como sea! Admito que probablemente yo haya tenido la culpa; admito que tal vez te

agarré mala leche por haber ocupado el lugar de mi papá...

CAMARGO: ¡Ceci, yo nunca me he sentado en su...!

CECI: ¡Figuradamente!... Pero la verdad, en las últimas horas mi familia se ha comportado de una manera que... Necesito una opinión sensata. ¿Tú crees que la Autista sea la hija o la novia de mi papá?

CAMARGO: No sé... Tal vez las dos cosas.

CECI: ¿Cómo “las dos cosas”, Camargo? O sea, ¿su novia y su... y su...?! ¡No, Camargo, eso sí estaría cabrón!

CAMARGO: Bueno, bueno, era una suposición. Una tonta suposición.

CECI: No, es que eso explicaría muchas cosas... ¡Pero cómo puede ser capaz de...! ¡¿Con su propia hija?! ¡

CAMARGO: Mira, yo en estas cosas prefiero no hacer juicios de valor. Lo que hoy es tabú, mañana... Y quién sabe. Igual y ni son nada. No me acuerdo dónde leí que los esquimales tienen la costumbre de llevarle una mujer al hijo varón, caminando semanas entre la nieve... Y como él dice que anduvo en Alaska... Oye, ¿está tu papá?

Ceci niega.

CAMARGO: Voy a pasar un momentito a...

Señala la recámara. Ceci asiente sin prestarle atención. Camargo toma la ropa limpia y se escurre dentro de la recámara. La puerta del departamento se abre; entra Cecilia, cargando su morral.

CECILIA: Hola, Bicho. ¿Ya comiste? ¿Te preparo algo?

CECI: ¿Cuándo vas a hablar con ellos, mamá?

CECILIA: ¿Hablar con quiénes, Bicho?

CECI: O sea, cuánto tiempo lleva aquí mi papá y es la hora en que ustedes tres todavía no se sientan a aclarar las cosas.

CECILIA: Y, según tú, ¿qué tendríamos que...?

CECI: ¡Pues quién se va a ir! No sé si Camargo, o posiblemente mi papá; pero alguno de los dos se tiene que salir de la casa. ¿O hasta cuándo piensan seguir en esta indefinición?

CECILIA: No sé qué planes tenga tu papá. Y tampoco voy a presionarlo, Bicho.

CECI: ¿De qué tienes miedo, mamá? ¿De que te vuelva a dejar? ¿Por eso te empeñas en ser la anfitriona perfecta? ¿O es culpa? Todos estos

años te comportaste con ese aire de remordimiento... como si hubieras sido tú la que nos abandonó. ¿Pero culpa de qué? ¿De que él se haya ido? ¿De no haberlo evitado?... ¿De traer a Camargo?

CECILIA: ¿Tú crees que me debería sentir culpable por eso?

CECI: ¡Yo soy la que te lo está preguntando!

CECILIA: Siempre lo trataste como si fuera un intruso.

CECI: ¿Yo lo traté como un intruso? ¡Tú nunca dejaste de ponerle su plato a papá!

CECILIA: Ceci, yo creo que ya estás en edad de entender que yo tuve mis razones para hacer lo que hice. Siempre actué según lo que consideraba mejor para ustedes...

CECI: ¡¿Nosotros qué teníamos que ver en que tú le pusieras...?!

CECILIA: ... eso es lo que siempre busqué; y si me equivoqué, lo lamento, pero ustedes dos ya son adultos y yo creo que podemos hablar de estas cosas sin ponernos a buscar culpables. La gente se va, Ceci; eso no es culpa de nadie. La gente madura toma sus decisiones y a veces, en efecto, se va. ¡Tú ya deberías entenderlo!

- CECI: ¿Qué me quieres decir... que soy yo la que debería irse?
- CECILIA: ¡Ay, no, Bicho, claro que no!
- CECI: ¡Porque a eso sonó, mamá!
- CECILIA: *(Abrazándola.)* ¡Bicho...! Ustedes pueden quedarse aquí el tiempo que quieran; ¡yo nunca les voy a pedir que se vayan!
- CECI: *(Con un nudo en la garganta.)* ¡... porque, claro, como la novia de Nan es la hija perfecta, la hija que siempre quisiste tener...!
- CECILIA: ¿Cómo puedes estar celosa de esa niña? Tú siempre vas a ser mi Bichito precioso...

Ceci llora en el pecho de su madre. De pronto se separa.

- CECI: ¡El ámbar...!
- CECILIA: ¿Mh?
- CECI: ¡... lo traes puesto!
- CECILIA: ¿Te gusta?

Sonríe. Ceci mira el insecto en la resina con una mezcla de pasmo y horror. Camargo regresa de la recámara.

CAMARGO: ¡Cecilia...! Perdón, sólo pasé a dejar mi...

CECILIA: Está bien, Camargo.

Se saludan con un beso rutinario. Hernán entra.

CAMARGO: Qué tal, Hernán.

HERNÁN: Quihubo, doc.

CECI: ¡El que faltaba! Ahora sí, los dejo para que resuelvan a sus anchas.

Le lanza una mirada llena de significado a su mamá y sale del departamento; cierra la puerta.

HERNÁN: ¿Resolver qué? ¿El Teorema?

CECILIA: (*Restándole importancia.*) Tu hija piensa que uno de ustedes se tiene que ir.

Pausa. Camargo y Hernán caminan simultáneamente a la puerta.

HERNÁN: (*Al unísono.*) Pues en ese caso, yo ahorita mismo...

CAMARGO: (*Al unísono.*) Bueno, creo que a mí ya me toca...

HERNÁN: Yo sólo vine de paso, Camargo: desde el principio lo dije.

CAMARGO: No, no, no, Hernán, de ninguna manera; éste es tu espacio, es tu familia... Yo tengo mi propia casa, y...

CECILIA: Siéntense los dos. Nadie se va todavía.

Hernán y Camargo obedecen.

CECILIA: Creo que somos personas lo suficientemente maduras como para buscar juntos una salida, ¿no?

Pausa. Hernán se levanta, decidido. Les hace un gesto tranquilizador.

HERNÁN: Sólo voy aquí a la cocina.

Se mete a la cocina y regresa con la lata de té; la abre, saca la envoltura de periódico y se pone a limpiar la mariguana que hay dentro.

HERNÁN: Mañana nos vamos. Está decidido. De todos modos pensaba hacerlo. Nunca me propuse que esto fuera mi Ítaca. No vine a matarte, Camargo, ni esperaba que mi mujer se hubiera quedado tejiendo y destejiendo la madeja en lo que yo regresaba de Troya...

CAMARGO: Pero yo sí te mato.

HERNÁN: ¿Eh?

CAMARGO: En la tragedia, Egisto mata a Agamenón cuando vuelve de Troya.

Saca de su portafolios de combinación el libro que se llevó y lo deja sobre la mesa.

HERNÁN: ¡Vaya... el doctor leyó la *Orestíada*!

Camargo esboza una sonrisa astuta.

HERNÁN: Nomás que yo hablaba de otro regreso, Camargo. A Ítaca, no a Argos... ¿Sabes lo que es Ítaca?

CAMARGO: Claro.

HERNÁN: ¿Ah, sí?

CAMARGO: ¡Una universidad en Estados Unidos!

Hernán esboza una sonrisa, quién sabe si de simpatía o de desprecio. Forja el toque, lo enciende y le da un par de jalones.

CECILIA: Ítaca es el reino de Ulises, al que tarda años en regresar después de la caída de Troya. Cuando finalmente llega, encierra a los pretendientes de su mujer en un salón... y los mata.

HERNÁN: Pero no te preocupes, Camargo, no vengo con la espada desenvainada.

Le ofrece el toque a Camargo.

CAMARGO: No, muy amable.

HERNÁN: ¿Te molesta que...?

CAMARGO: Adelante, adelante. ¡Es tu casa!

Hernán le ofrece el toque a Cecilia, quien le da un par de fumadas y se lo regresa.

CAMARGO: ¿Es Ítaca o Itaca?

CECILIA: ... No sé, supongo que las dos son correctas.

HERNÁN: O quién sabe: tal vez se trate de lugares distintos. Tal vez exista una Ítaca, adonde Ulises regresa para matar a los pretendientes y ser recibido por su esposa y su hijo con los brazos abiertos; y una Itaca, en la que, como Agamenón, es destazado por los parásitos que se han enquistado en su familia durante su ausencia... ¿Tú cuál prefieres, Camargo? ¿Cuál de las dos es la tuya, eh?... ¡Levanta la jeta, carajo!

CECILIA: Hernán...

HERNÁN: (*Lo toma de las solapas.*) ¡Reacciona! ¡Tú no eres el otro... ya no! ¡Yo soy el otro ahora! ¡Así que córreme, insúltame... destázame, si es lo

que quieres! ¡Pero deja de comportarte como si tuvieras una deuda conmigo!

CAMARGO: Me quedé pensando en lo que nos contaste, de que vivías al lado del Planetario de Vancouver. Eso habrá sido... ¿qué, hace cuatro, cinco años...?

HERNÁN: ... Algo así.

CAMARGO: Pero entonces todavía no existía.

Pausa.

HERNÁN: No. Lo estaban construyendo.

CAMARGO: Ah. Porque hasta donde sé, apenas lo empezaron a fines del año pasado...

HERNÁN: ¿Qué estás insinuando, Camargo? ¿Que yo inventé eso?

CAMARGO: ¡No, cómo crees, de ninguna manera!

HERNÁN: ¡Sí, tú estás dando a entender que yo traté de tomarles el pelo...!

CAMARGO: ¡Tal vez tú hayas vivido junto a algún viejo planetario, que a ti te parecía impresionante!

CECILIA: Camargo...

HERNÁN: ¿Ah, sí? ¿Tú de veras crees eso? ¡Demasiada ingenuidad!, ¿no?

CECILIA: ¡Ya, los dos! Somos personas adultas. Así es como están las cosas... ¿Qué vamos a hacer?

HERNÁN: No sé, que hable el doctor. Él es el de los modelos de predicción. ¿Qué variables tenemos, Camargo?

Pausa. Cecilia se levanta, camina hasta la consola y saca una baraja y un estuche con fichas de póker. Regresa y planta sonoramente el mazo sobre la mesa.

CECILIA: Saben jugar “cadalso”, ¿no?

Hernán y Camargo se miran, extrañados. Cecilia le reparte tres cartas a cada uno.

HERNÁN: ¿Vamos a... jugarnos a las cartas...?

CECILIA: (Imperativa.) Sus entradas.

HERNÁN: Me siento en desventaja. ¡Estoy jugando contra un matemático que está resolviendo el teorema de Göeller!

CAMARGO: ¡Uy, pero vieras qué suerte tan mala tengo...! Salen diamantes.

Comienzan a jugar. Entre turno y turno, Hernán se termina el toque.

CECILIA: ¿Hernán?

HERNÁN: Pss... cambio a mi verdugo.

CECILIA: Yo subo al cadalso.

CAMARGO: ¿No te digo? Ya estoy ahorcado... Vas... ¿Hernán...?

Hernán ríe silenciosamente.

HERNÁN: ¡El teorema de Göeller...!

Camargo sonrío.

CAMARGO: ¡... el Planetario de Vancouver...!

Hernán y Camargo se ríen. Cecilia los mira, divertida.

HERNÁN: ¡... una universidad en, en Estados Unidos!

Camargo se pone de pie.

CAMARGO: ¡Voy por cigarros!

HERNÁN: *(Riendo.)* ¡Te acompaño!

CECILIA: ¡Cadalso!

Abre su juego y se lleva las apuestas. Los tres se mueren de la risa. Así se los encuentra Ceci cuando abre la puerta.

CECI: ¿Qué les pasa, eh?... ¿Oigan?... ¡Qué les pasa!

Los otros intentan contener la risa, como niños regañados.

CECI: ¿Hablaron o no?

HERNÁN: (*De buen humor.*) ¿De qué, Ceci?

CECI: (*A Hernán.*) Tú estás enfermo, ¿no? Por eso regresaste. A despedirte. A morir en familia.

HERNÁN: ¿De plano me veo tan jodido?

Ríe. Ceci y Camargo lo secundan.

CECI: ¿Cuál es el secreto, entonces?

CECILIA: ¿Qué secreto, Bicho?

CECI: ¡Lo que lo hizo irse y ahora volver... la razón que han estado ocultándome durante estos veinte años!

HERNÁN: ¿Tú guardas algún secreto?

Cecilia niega, sonriente.

HERNÁN: ¿Y tú, doc?

CAMARGO: (*Asiente.*) El teorema de Göeller... ¡hace años que lo tengo resuelto!

Hernán, Camargo y Cecilia estallan en carcajadas.

CECI: ¡¿... Por qué no se casan los tres?!

Se va, furiosa. En la entrada se cruza con Jaime, que viene con una bolsita de farmacia en la mano.

JAIME: Tuve que ir hasta la farmacia del...

CECI: ¡Vámonos!

JAIME: ¿Mande?

CECI: ¡No pienso pasar una sola noche más en una casa donde absolutamente todo vale madres!

JAIME: Bicho... todas las familias tienen sus cosas...

CECI: ¡Deja de darles la razón todo el tiempo, Jaime!... ¿Sabes qué? Luego nos vemos.

Le entrega su laptop. Jaime se va, de mala gana. Los otros siguen riéndose y contándose chistes por lo bajo.

CECI: Ustedes sigan con su fantasía de la familia feliz. ¡Yo no pienso participar de este teatro!

Se dispone a salir.

HERNÁN: ¡... Casa de muñecas!

Cecilia y Hernán estallan en carcajadas; Camargo los secunda, contagiado. Ceci se detiene en seco. Después de un instante, se va.

CECILIA: Sus entradas.

Todos ponen sus entradas al centro. Cecilia baraja las cartas.

HERNÁN: ¿Me pasas esos cigarros, Camargo?

Camargo le alcanza la cajetilla de Ceci. Hernán enciende un cigarro.

Escena 2

Hacia el mediodía del domingo, algunos días —¿semanas?, ¿meses?— después. Sobre la mesa del comedor están los muñequitos de siempre, pero en posiciones un tanto distintas; el árbol de la vida ha sido completamente integrado a la escenografía de la animación. Junto a la puerta del departamento descansa nuevamente la mochila de camping, retacada de cosas. Sobre el sillón de la sala, un bulto envuelto en sábanas se infla y desinfla, dándonos la espalda, la cabeza tapada con una almohada. Después de un momento, por el pasillo aparece Jaime, en pants. Se mete a la cocina. Sale tomándose un vaso de agua; lo deja sobre la mesa, va a la puerta, descorre el cerrojo y se dispone a salir. Se topa con alguien.

JAIME: ¡... Laurita! ¿Qué haces ahí?

LAURITA: No quería despertarlos.

Silencio incómodo.

JAIME: Eh... Nan no está. Bueno... sí está, pero...

LAURITA: ... acompañado.

Jaime la mira en silencio.

LAURITA: Lo espero. Sólo vengo por unas cosas que tenía en su cuarto.

JAIME: Este... yo iba a salir a...

LAURITA: Ve, ve. Yo traigo mi...

Muestra un libro. Jaime le echa un vistazo.

JAIME: *En busca del tiempo perdido...* ¿Da buenos tips?

Laurita hace un gesto ambiguo. Jaime le regresa el libro.

JAIME: Gusto en verte, Laurita.

LAURITA: Chau.

Jaime sale. Laurita se sienta en la mesa del comedor, abre su libro e intenta leer. No logra concentrarse. Mira a su alrededor, abatida. Se fija en el

bulto del sillón. Cierra el libro y camina hasta allá; mete su mano bajo la sábana y empieza a acariciarle el miembro. El bulto se remueve y despierta, extrañado; es Camargo. Laurita grita.

LAURITA: ¡Ay! Discúlpeme, por favor, ¡pensé que era...!
(*Se interrumpe, apenada.*)

CAMARGO: ... que era Nan. No te pongas así: yo también fui joven, aunque parezca increíble. Pásale, debe estar en su cuarto. (*Súbitamente incómodo.*) Eh... sólo que...

LAURITA: Sí, sí, acompañado. Aquí lo espero, mejor.

Regresa a su libro. Camargo se pone la camisa, quita las sábanas del sillón y las dobla.

LAURITA: ¿Quiere que las meta a lavar?

CAMARGO: Sí, Laurita, gracias. Ahora sí ya me voy a mi casa.

Se deja caer en una de las sillas del comedor. Laurita se lleva las sábanas hacia la cocina. Camargo observa los muñequitos sobre la mesa. Laurita regresa.

CAMARGO: Ya va bien avanzado. La semana pasada, el cocodrilo del bombín apenas iba saliendo del iglú...

LAURITA: ¿Le parezco atractiva?... No, no estoy tratando de seducirlo, Camargo. Sólo me interesa su

opinión, como hombre. Nada de respuestas amables ni piropos de consolación. ¿Le parece atractiva? ¿Voltaría a verme en la calle?

CAMARGO: *(Tras un instante.)* ... Por supuesto, Laurita, ¡por supuesto que sí!

De la recámara matrimonial sale Hernán, viste una pijama pasada de moda. Hace un saludo general.

HERNÁN: No te levantes, Camargo, no te levantes... ¡Laurita! ¿Y ese milagro?

CAMARGO: Hay café en la cafetera. Y creo que quedó un poco del queso de anoche.

LAURITA: ¿Quiere que le prepare algo de desayunar?

Hernán niega con la mano.

HERNÁN: ¿Cómo va ese Teorema, doctor? ¿Ahora sí ya lo vas a publicar?

Camargo esboza una sonrisa que es el eco lejano de las carcajadas de la otra noche. Hernán se mete a la cocina.

LAURITA: *(En voz baja.)* Es que no entiendo, Camargo. ¿Cómo puede vivir así?

CAMARGO: ¿Hernán?

LAURITA: ¡Usted! Como un arrimado. Sin que le brinden un lugar ni el mínimo respeto después de todos estos años.

CAMARGO: Lo bueno de no esperar nada es que nada te puede decepcionar.

LAURITA: Pero usted estaba mejor antes... ¡usted era la pareja de Cecilia!

CAMARGO: Las relaciones humanas no son algo rígido. Todo el tiempo se están transformando; y uno, pues... se tiene que saber adaptar. Al final, las cosas siempre acaban tomando su sitio. Tú todavía estás muy jovencita, pero ya lo aprenderás.

LAURITA: No, yo no podría compartir a mi novio con nadie.

Hernán regresa con una taza de café, aspirinas y un cigarro apagado en la boca. Se dispone a sentarse en una de las sillas.

CAMARGO: ¡Aguas con el cebú!

Hernán ha estado a punto de aplastar una figura de plastilina. La coloca sobre la mesa. Camargo se levanta.

CAMARGO: Voy a caminar mis quince minutos. Mi médico es un tirano, ¡ni el domingo me los perdona!... ¿Se les ofrece algo de la calle?

Nadie contesta. Camargo se pone una cachucha y se va. Hernán se sienta y prende su cigarro, que lo hace toser. Fuma, observando con atención los muñecos de plastilina.

HERNÁN: ¿Te cae que el cocodrilo ya va a alcanzar al pingüino?

Intempestivamente, Laurita se sienta sobre él, le quita el cigarro de la boca y lo besa apasionadamente. Se desabotona la blusa.

LAURITA: ¡Hágame el amor... hágamelo!

HERNÁN: ¡Laurita...!

LAURITA: ¡Nadie va a oírnos, todos están dormidos!

HERNÁN: ¡... eres... eres la novia de mi hijo!

LAURITA: ¡Ya no!

Se quita el brasier y hunde la cara de Hernán entre sus senos, al tiempo que gime con placer un tanto sobreactuado. Al darse cuenta de que Hernán no la secunda, Laurita se detiene.

LAURITA: No le gusto.

HERNÁN: Podrías ser mi hija, Laurita.

LAURITA: También ella. ¡La puberta!

HERNÁN: ... No tiene nada que ver.

LAURITA: ¿Por qué todos me tratan como si fuera una niña? ¡Tengo veintiún años, carajo!

HERNÁN: Laurita...

Laurita toma su blusa y su brasier y corre hacia el baño. Hernán se da cuenta de que Analí los ha estado viendo, con gesto serio, desde la entrada del pasillo; está en shorts y lleva puesta la camiseta de Nan. Hernán intenta ir hacia ella, que lo evita metiéndose a la cocina. Hernán suspira con fastidio y desaparece en el baño del fondo. Analí regresa mordiendo una manzana. Se sienta frente a la mesa viendo los muñequitos de plastilina. Laurita regresa del baño de la sala, terminando de abotonarse la blusa; al ver a Analí se detiene. Duda. Se decide y camina hasta ella. Ambas se miran.

LAURITA: No voy a reclamarte. Tampoco soy tan tonta como para pensar que tú tuviste la culpa. Al principio sí, estaba muy enojada contigo; pero luego me di cuenta de que había sido yo: yo fui la que lo perdió, por ser tan... mojigata... Nan está pasando por un momento difícil, y no supe ayudarlo. Tú sólo... apareciste.

Se sienta y observa a Analí, que sigue comiendo su manzana.

LAURITA: En el fondo me gustaría ser como tú. Tú nunca intentas ser alguien, simplemente... eres. Eres todo lo que yo nunca me he atrevido: a dejar la escuela, a vivir las cosas como se presentan, a andar con alguien mucho mayor... Ha de ser por eso que a los hombres les resulta indiferente. A ti, con pasar frente a ellos te

basta para levantar sus miradas. Yo no, yo no levanto nada. Nadie nunca se fija en mí. Como si fuera una niña que anda por ahí jugando con su muñeca. Invisible.

Nan aparece por el pasillo, en pijama.

NAN: ¡No me dejan jetear con su escándalo, chingadas vergas!... ¿Qué haces aquí?

LAURITA: Vine por mis cosas.

NAN: Sí, ¡llévate tus pinches mierdas ésas, que desde cuándo están esperando que se te hinchen los huevos!

Señala la mochila que está junto a la puerta. Laurita la abre y comienza a sacar moldes de repostería, un par de libros de cocina, uniformes de chef hechos bolas... Hernán sale del baño y se mete a la recámara matrimonial.

LAURITA: Faltan dos moldes.

NAN: ¡Busca todas tus putas chingaderas de una vez!

Laurita se mete a la cocina. Analí mira a Nan.

NAN: ¿Y tú qué? ¿Ahora qué?

Analí le hace un gesto ambiguo.

NAN: No mames, ¿te cae que otra vez, pinche anémica? ¿Ya viste en el cuarto de la pinche Moby Dick?... ¿“No” qué, pendeja? ¿No viste o no hay?

Laurita regresa con unos moldes de repostería, que pone junto a la mochila. Dobla los uniformes con cuidado y los vuelve a meter.

NAN: Vas a tener que lanzarte a la pinche farmacia. ¿Sí te acuerdas dónde es? Pues qué esperas, pendeja.

Análí sale del departamento.

LAURITA: ¿Ya no te gusta tu nueva novia? Casi la tratas tan mal como a mí.

NAN: ¿Qué te pasa, pendeja? Esa pinche autista no es mi novia.

LAURITA: *(Deja los moldes sobre la mesa, esperanzada.)*
Pero entonces... ¡tú y yo todavía...!

NAN: ¡“Tú y yo” la verga del muerto! ¿Cómo te lo tengo que decir?... ¡Y quita tus putos moldes de mi mesa!

Hace volar los moldes y se va a su cuarto. Cecilia sale de la recámara matrimonial anudándose una bata. Laurita la rehúye levantando los moldes del suelo.

CECILIA: ¡Laurita!

- LAURITA: Hola, Cecilia.
- CECILIA: ¿Cómo has estado?
- LAURITA: Bien. Más o menos... Mal. Muy mal, la verdad, Cecilia.

Se suelta a llorar. Cecilia la abraza.

- CECILIA: Ya, ya. Yo sé que lo extrañas, pero va a pasar. ¡A tu edad, estas cosas...! Hay otros chavos, ¡y una muchachita tan linda como tú...!
- LAURITA: (*Llorando.*) ¡Es que no lo extraño a él, Cecilia, sino a todos ustedes! ¡A ti, a Ceci... hasta a Camargo! (*Llora más.*)
- CECILIA: Nosotros también, nosotros también te vamos a extrañar, Laurita... Pero, oye, tampoco tenemos por qué dejar de vernos. Tú puedes venir aquí cuando quieras.
- LAURITA: ¿De veras...?
- CECILIA: ¡Claro! Tú siempre tendrás un lugar en esta casa... ¿Y quién nos iba a preparar todas esas delicias, si no? ¿Mh?

Le sonrío, dándole ánimos. Laurita, superando la crisis, se limpia con el clínex que Cecilia le ofrece.

LAURITA: Gracias, Cecilia. Gracias, de veras.

CECILIA: Ándale, vamos a hacernos algo rico de desayunar... ¡Uy! Más bien, de almorzar. ¡Qué tarde es!

LAURITA: (*Moqueando.*) Podemos preparar un *brunch*, o una comida ligera. ¿Tienes arroz? Les hago un *risotto*.

CECILIA: Están los calamares que Hernán compró el otro día.

Se mete a la cocina. Laurita la sigue.

LAURITA: ¡*Risotto* con calamares: está perfecto, Cecilia! ¿Sí le dieron su tinta aparte?

Sale de la cocina cargando una canasta de plástico con las sábanas recién lavadas.

CECILIA: Déjalas, yo las subo a tender. Tú encárgate del *risotto*.

Le entrega una caja de arroz, toma la canasta y se dirige hacia la puerta. Se detiene a echarle un vistazo a los muñecos de plastilina.

CECILIA: Como que ahora sí va a comerse al pingüino, ¿verdad?

Sale del departamento. Laurita se sienta en la mesa y vacía el arroz en un plato. Hernán regresa de la recámara vistiendo el saco que ella le chuleó. Se acerca y la observa. Laurita no le hace caso, concentrada en limpiar el arroz. Hernán va al estudio.

HERNÁN: Ven.

LAURITA: ¿Mh?

HERNÁN: Hay un libro que te quiero enseñar.

Laurita lo sigue, extrañada. En cuanto entra, Hernán la atrae hacia sí.

HERNÁN: No sé qué me dio hace un momento por comportarme como héroe de melodrama barato...
¡Claro que me gustas, chiquita!

Intenta besarla. Ella lo rechaza.

LAURITA: Hace rato estaba confundida; pensaba, no sé por qué, que seduciéndolo a usted iba a acercarme a Nan otra vez... Pero a quien realmente quería acercarme era a Cecilia.

HERNÁN: A... Cecilia.

LAURITA: Pues sí: me parece una mujer admirable. Acostarme con usted era sólo una manera de convertirme en ella.

HERNÁN: Ahora tú estás hablando como heroína de melodrama barato.

LAURITA: Ah, y el libro... ¿el que estaba buscando...?

Revisa rápidamente un anaquel, ubica un viejo tomo y se lo da.

HERNÁN: ... Lo encontraste.

LAURITA: Siempre ha estado ahí; desde antes de que lo leyera. Pero me parecía importante que Nan pasara más tiempo con su papá... Ahora me da igual.

Regresa a limpiar el arroz. Hernán se queda en el estudio y le echa un vistazo a la primera página del libro. Nan regresa, viste los jeans de siempre y la misma camiseta que cuando llegó su papá.

NAN: ¿Todavía aquí, pinche necia?

LAURITA: *(Sigue limpiando el arroz con inusual serenidad.)*
Tu mamá me invitó a comer.

NAN: Me despejas la mesa a la de ya.

Le truena los dedos. Laurita, sin prisa, levanta su arroz, tira adrede uno de los monigotes de plastilina y se mete a la cocina. Nan masculla una mentada de madre mientras recoge su mono y limpia los granitos que han quedado sobre la mesa. La puerta se abre y aparece Ceci, carga un paquetito.

CECI: ... Hola.

Hernán se guarda el libro en la bolsa del saco y sale del estudio.

HERNÁN: ¡Ceci! ¿Dónde andabas?

CECI: En casa de una amiga. Hola, Nan.

Nan la ignora, concentrado en preparar el siguiente fotograma. Cecilia entra al departamento cargando la canasta, ahora rebosante de ropa seca.

CECILIA: Hola, Bicho. Hola, Nan.

Se pone a doblar la ropa en el sillón. Hernán enciende un cigarro.

CECI: Le decía a mi papá que me estoy quedando con Mara.

CECILIA: Ay, Bicho, ¿por qué vas a dar molestias en una casa que no es la tuya?

CECI: No es propiamente en su casa; me está prestando su cuarto de servicio.

CECILIA: Bueno, pero ya estás aquí. Nan, ¿le ayudas a subir sus cosas a tu hermana?

NAN: ¡Que las suba su pinche camote!

CECI: Mamá, ¿no crees que ya es tiempo de que viva por mi cuenta?

CECILIA: ¿Para qué te metes presiones, Bicho? Primero acaba el doctorado.

CECI: ¡Yo necesito mi propio espacio, mamá! (A *Hernán*, adelantándose a lo que cree que va a decirle.) ¡Sí, sí: *A room of one's own*, ya lo sé!

CECILIA: Aquí tienes tu espacio, Bicho. Analí ya no está ocupando tu cuarto.

CECI: ¿No?

CECILIA: Y tú y Jaime saben que él puede quedarse las veces que quiera.

NAN: ¡Ya, jefa, que se vaya a la verga! Está huevoncita como para limpiarse el pinche culo amarillento ella sola.

CECI: ¿De veras crees que tus insultos todavía agreden a alguien? Lo único que provocan es tedio, Nan. No son ni balas de salva. Puros cartuchos quemados.

NAN: ¡Escárbate el ano con un sacacorchos!

Una llave es introducida del otro lado de la puerta, desde donde escuchamos risas.

JAIME: (Desde afuera.) *Sure! I mean it. I'll take you there one of these days...*

La puerta se abre y aparece Jaime, sonriente, cediéndole el paso a Analí; viene empapado en sudor. Su gesto se endurece al ver a Ceci.

CECI: ¿Jaime?... ¿Qué haces aquí?

JAIME: ¿Qué hago *yo* aquí?... Pues vine a buscarte, Cecilia, porque no has querido contestar mis llamadas ni decirme dónde vives ahora; y pues tu mamá, bien linda, me insistió en que me quedara a dormir, porque de seguro ibas a regresar durante la noche. Pero de ti, ni tus luces...

CECI: A ver, espérate; mi mamá te invitó a quedarte... ¿cuándo?, ¿ayer?

Jaime guarda silencio.

CECI: ¿... Anteayer...?

Jaime desvía la mirada.

CECI: ¿Cuánto tiempo llevas quedándote aquí, Jaime?

JAIME: ¿Por qué te fuiste así, Bicho? Mira, no sé si sigues con esos celos absurdos, pero te juro que yo jamás le he faltado el respeto a tu hermana. ¡Pregúntale!

- CECI: ¡Que no es mi hermana, Jaime! Y la verdad, ya ni me acordaba de eso.
- JAIME: Oquei, si quieres no me digas qué hice, tan terrible, como para que te enojaras así. Sólo quiero que sepas que aquí estoy, ¿ajá? Aquí estoy, Bicho. (*La abraza.*)
- CECI: No me fui porque estuviera enojada contigo.
- JAIME: ¿Y entonces por qué no has querido verme en todo este tiempo?
- CECI: Es que... Bicho, ya llevamos muchos años juntos, y... y tal vez ya no estemos siendo capaces de darle al otro lo que necesita... Quizás deberíamos de darnos un tiempo.
- JAIME: Ah, o sea, ya no estás enamorada de mí.
- CECI: Claro que sí, Bicho, yo estoy... (*Cruza una mirada con Hernán.*) yo sigo muy enamorada de ti. Es sólo una pausa, para que cada quien piense qué es lo que realmente quiere. Y si en este tiempo nos damos cuenta de que nuestros anhelos siguen coincidiendo, que estoy segura que sí...
- JAIME: Yo no necesito tiempo, Cecilia. Yo sé qué es lo que quiero: quiero formar una familia contigo.

- CECI: ¿Y por qué no lo has hecho, Jaime? ¿Por qué no rentaste un lugar y me llevaste a vivir ahí contigo?
- JAIME: ¡Pues es que, Bicho, tenemos que ahorrar para la casa! Digo, está bien que yo no vaya a cobrar el proyecto, ¡pero construir cuesta!
- CECI: ¿Qué casa, Jaime?
- JAIME: ¡Es lo que he estado tratando de decirte desde el día que te fuiste! Mira: yo ya hablé con tu papá y él está de acuerdo en hipotecar este departamento.
- HERNÁN: No, a ver, yo nunca te dije que estuviera de acuerdo, Germán...
- CECI: ¡Jaime!
- HERNÁN: ... Pero eso no importa; lo que importa es que ya regresaste, ¿no, Ceci? Qué bien.
- CECI: ¿No eras tú el que decía que viviera mi propia vida?
- HERNÁN: Sí... si es realmente lo que quieres... pero, admítelo: tu ida de esta casa fue... demasiado teatral. Poco convincente. Era obvio que no querías irte, sino provocar que alguien más se saliera de aquí. ¿Sabes qué? No es necesario que sigas

jugando a la Nora de Ibsen en tu cuartito de azotea. Yo soy el que se va.

CECI: Sí, eso vienes diciendo desde que llegaste.

HERNÁN: ¿Tú quieres que yo me vaya, Ceci? Sólo dímelo.

NAN: ¡Nomás que el puto árbol de la vida se queda!
¿Eh, pendejo?

HERNÁN: ¿Quieres que me vaya?

Ceci y Hernán se ven en silencio. Jaime se levanta, indignado.

JAIME: ¡Ah! O sea que para ti yo sólo fui un vil suplente de tu papá...

CECI: ¡Bicho! ¿Cómo puedes...?

JAIME: ¿O por qué me desechas justo cuando él regresa?

HERNÁN: Mira, Jonás...

JAIME: ¡No, perdóneme, don Hernán, es que esto sí no se vale! O sea, ¿cuántos años he estado aquí, soportando sus crisis, apoyándola en los momentos difíciles, tratando siempre de entenderla, de llenar sus carencias de afecto...? ¡¿Y ahora resulta que “no estoy dándole lo que ella necesita”?!

NAN: Una buena cogida es lo que necesita ese pinche hipopótamo.

JAIME: ¡Y todavía, en vez de mandarme simple y llanamente a la chingada, me pide que hagamos una “pausa” en la relación! ¿Y cuánto va a durar esa pausa: otros veinte años?

CECI: Cálmate, Bicho, o sea, ¡tú también tienes que respetar si yo necesito tiempo! Con el regreso de mi papá se han removido cosas que...

JAIME: ¿Cuánto tiempo lleva aquí tu papá, Cecilia, por Dios?

Suena el timbre. Nadie lo pela.

CECI: Bueno, ¿qué quieres, obligarme a que estemos juntos? ¿Eso quieres?

JAIME: No, claro que no... Pero que quede claro que esta ruptura no responde a “una necesidad de los dos”. Aquí la única que se quiere ir eres tú. Yo aquí estoy, ¿eh? ¡Yo, aquí estoy!

Se encierra en el baño de la sala, furioso. Suena el timbre de nuevo. Análí abre; es Camargo, con el periódico en una mano y un ramo de flores en la otra.

CAMARGO: Gracias, pequeña. ¡Ceci!... ¡N’ hombre, ahora sí está toda la familia reunida!

Nadie le hace caso. Ceci saca del paquete con el que llegó un viejo libro, idéntico al que Laurita le entregó a Hernán.

CECI: Yo sólo venía a traerte esto. Tuve que recorrerme todas las librerías de Donceles... *El doble*, de Dostoievsky. En la edición de Conrado Guevara.

Se lo extiende. Hernán la mira en silencio. Saca lentamente de su saco el libro que Laurita le dio. Todos ven con asombro los dos ejemplares idénticos.

CAMARGO: ¡Vaya! El doble de *El doble*.

CECI: ¿... Dónde estaba?

HERNÁN: En uno de los librereros. Pero éste tampoco es. No trae la dedicatoria.

CECI: ¿Qué dedicatoria?

CECILIA: La que le escribí cuando se lo regalé.

CECI: ¿Es... otro?

CAMARGO: *El triple*, de Dostoievsky.

CECI: ¿Cuál es la historia de ese libro, papá?... ¿Mamá...?

Cecilia y Hernán se miran.

HERNÁN: Así nos conocimos.

Enciende un enésimo cigarro.

CECILIA: Yo hacía mi servicio social en la biblioteca de la facultad. Tu papá sacó *El doble* y luego resultó que ya no lo encontraba...

HERNÁN: No, yo le *dije* que no lo encontraba...

CECILIA: ... me dijo que no lo encontraba, y entonces tuve que pedirle que lo repusiera.

HERNÁN: No que lo pagara. Tenía que conseguir uno igual. Mismo título y misma edición.

CECILIA: Él todos los días regresaba a contarme sobre los miles de lugares donde lo había buscado infructuosamente...

HERNÁN: Para hacerle plática. Hasta que la saqué tanto de quicio...

CECILIA: No, yo le *dije* que me había sacado tanto de quicio...

HERNÁN: ... que un buen día llegó con un ejemplar idéntico, diciendo que se lo había encontrado por casualidad en una librería de viejo...

CECILIA: ¡Me llevó semanas dar con él!

HERNÁN: ... y que había decidido regalármelo, para que yo lo pudiera devolver y el asunto quedara cerrado.

Pausa.

CECI: ¿Y entonces?

CECILIA: Me invitó a su casa.

HERNÁN: Al cuarto que en esa época rentaba.

CECILIA: Al día siguiente descubrí el ejemplar de la biblioteca encima de su cómoda.

HERNÁN: Ya nunca lo regresamos.

CECILIA: Ni ése... ni éste. Decidimos conservar los dos.

HERNÁN: Yo le dediqué el “extraviado”... y ella, el que me había regalado.

Se besan con ganas.

CECILIA: Por aquí anda, seguro. A ver si al rato le ayudas a encontrarlo, Bicho.

Coloca entre los volúmenes de un anaquel el libro que Ceci llevó. Laurita sale de la cocina; trae puesto un mandil y sostiene una botella de aceite de oliva.

- LAURITA: ¿Tendrás azafrán, Cecilia? Hola, Ceci.
- CECI: ¡Laurita! Tú eres la única normal que queda en esta casa... bueno, “normal”, ¡para haber andado con el psicótico de mi hermano...!
- NAN: ¡Psicótica tu puta madre!
- CECI: ... pero si todavía te queda alguna capacidad de reaccionar, ¡hazlo! ¡Sal de este organismo enfermo antes de que te trague a ti también!... No te quedes atrapada en el ámbar, Laurita.

Toma su bolsa. Le extiende su juego de llaves a Cecilia, quien no las toma. Jaime sale del baño y la mira en silencio. Ceci deja las llaves sobre la mesa y se dirige hacia la salida.

- CECILIA: Las puertas de esta casa siempre han estado abiertas. Quien quiera puede irse. También para quien quiera volver. Somos personas adultas. Podemos enfrentar nuestros problemas sin necesidad de perder la calma. Al final, todo tiene una solución. Todo tiene una solución... (*Transición rutinaria.*) Sí te quedas a comer, ¿verdad, Bicho?
- CECI: Esto no es Ítaca; tú no eres Penélope, mamá, ni Clitemnestra... sino Medusa. Eres la gorgona rodeada de estatuas que alguna vez estuvieron vivas.

Mira a los otros personajes, inmóviles a su alrededor. Se va. Por un momento más, la familia permanece estática, sumida en un silencio lúgubre.

CECILIA: ... ¿Ya mero va a estar el *risotto*, Laurita?

LAURITA: ... Y hay que comérselo, porque si no, se bate.

CECILIA: Pues vamos poniendo la mesa.

NAN: ¡Váyanse a la verga!

CECILIA: ¡Nan!

LAURITA: ¿Cuántos lugares pongo, Cecilia?

CECILIA: Los de siempre, Bicho... los de siempre.

Le entrega las llaves que Ceci dejó; Laurita las recibe como si fueran algo sagrado. Nan, malhumorado, levanta el tinglado y se lo lleva a su cuarto. Hernán, como el convidado de piedra, contempla cómo Cecilia echa a andar nuevamente la rutina familiar. Cecilia le entrega el vino a Jaime, sacándolo de su pasmo.

CECILIA: ¿Me ayudas con el vino, Jaime?

CAMARGO: (*Levantándose.*) Yo creo que también ya me voy.

CECILIA: (*Categorica.*) Tú aquí te quedas... Ponlas en agua, Bicho, ¿plis?

Le entrega a Laurita las flores que Camargo ha estado cargando. Camargo va por su banquito.

CECILIA: Siéntate, Hernán. Tú también, Analí. Aquí cabemos todos. ¡Naaan... ya vente a comer!

Todos se sientan alrededor de la mesa. Hernán busca un cigarro en su cajetilla, pero la encuentra vacía.

CECILIA: (Como si le recordara sus deberes.) Camargo...

CAMARGO: ... Oye, Nan, ¿viste que en el periódico salió una convocatoria para hacer un minuto animado o algo así?

CECILIA: ¿Por qué no le entras, Nan?

NAN: Esos pinches concursos están todos dados.

JAIME: ¿Vino, don Hernán?

Hernán hace un gesto vago, inmerso en sus pensamientos. Jaime llena su copa y se sigue con las demás. Laurita regresa de la cocina con una arrocerá humeante.

CECILIA: ¡Guau, eso se ve... exquisito!

JAIME: No, ¡y huele...!

LAURITA: A ver cómo me quedó...

CAMARGO: Delicioso, Laurita, ¿cómo te iba a quedar?

LAURITA: Es que el *risotto*, si no está en su punto...

JAIME: ¿Es arroz con calamares?

LAURITA: *Risotto al nero di seppia.*

NAN: ¡Puras caquitas de rata!

CECILIA: ¿Me pasas el plato de mi marido, Camargo?

CAMARGO: ¡Por supuesto! Con tu permiso, Hernán.

Toma el plato de Hernán, quien estruja la cajetilla vacía, abstraído.

NAN: ¿Dónde quedó el puto salero?

JAIME: Un día deberías hacernos paella.

CECILIA: Pero para eso se necesita un espacio más amplio, ¿no, Laurita?

CAMARGO: Pues aquí en la azotea...

NAN: ¿Ahora hasta en la puta azotea, chingados coños?

JAIME: ¡Pues yo sigo pensando que si vendiéramos esta casa...!

Hernán se levanta y deja su servilleta sobre la mesa.

HERNÁN: Voy por cigarros.

Los otros dejan de comer y lo miran en silencio.

HERNÁN: Sigán, sigán. Ahorita regreso.

Le hace un débil cariño en el cachete a Analí y va hacia la puerta, como si tal cosa. Al cruzar el umbral, escucha a...

CECILIA: Tápale el plato a tu papá, ¿sí, Nan?, para que no se le enfríe.

Hernán se va. Los demás voltean a ver a Analí, que parece descontrolada.

CECILIA: ¿Te sirvo risotto, Analí?

JAIME: No, ella con la pura manzana.

CECILIA: Estás muy flaquita...

NAN: ¿Por qué no le traes su puta manzana y te dejas de tanta mamada, pinche jefa?

Laurita va a la cocina por la manzana. Las luces comienzan a bajar lentamente.

CAMARGO: Ya con eso, mi niña. ¡Si no, el ácido úrico...!

JAIME: Yo sí quiero más.

- CECILIA: Hay que dejarle un poco a Ceci, ¿eh?
- CAMARGO: Oye, Laurita, ¿y en tu escuela también les enseñan a hacer el... cómo le llaman, a la sopa esa que hacen los españoles con jitomate y pimienta?
- LAURITA: Gazpacho.
- CAMARGO: ¡Eso, eso: gazpacho!
- LAURITA: Claro. En tercer semestre llevamos una materia de puras entradas y sopas frías.
- CECILIA: (A *Anali*.) ¿Quieres un cuchillo para partirla?
- JAIME: No, Cecilia, gracias; así se la come.
- LAURITA: El día que quieran les hago.
- CAMARGO: ¡Conste, Laurita!
- JAIME: ¡Pero antes la paella! ¿Eh, cuñada?
- CAMARGO: Sí, sí, por mí está perfecto. Si quieren paella, paella.
- CECILIA: ¡O las dos cosas! ¿No Laurita?
- LAURITA: Lo que pasa es que son menús diferentes.

NAN: ¡A ver si le echan huevos a deglutir, pendejos!
 ¿No ven que tengo que seguir con mi puta
 animación, chingada verga parada?

Todo ha quedado en penumbra, con excepción de los dos lugares vacantes, cuyos platos brillan en sendos círculos de luz antes de que se haga el oscuro total.

Índice

7 Personajes

9 Espacio

Primer acto

13 Escena 1

35 Escena 2

55 Escena 3

Segundo acto

109 Escena 1

151 Escena 2



El padre pródigo, de Flavio

González Mello, se terminó de imprimir en diciembre de 2016, en los talleres gráficos de VEI Visión e Impresión, S.A. de C.V., ubicados en Nogal núm. 51, colonia Santa María la Ribera, delegación Cuauhtémoc, Ciudad de México, C.P. 06400. El tiraje consta de mil ejemplares. Para su formación se usó la tipografía *Borges*, de Alejandro Lo Celso, de la Fundidora PampaType. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortíz, Juan Carlos Cué y Lucero Estrada. Formación: Esmaragdaliz Isbeth Villegas Pichardo y Rogelio González Pérez. Portada y supervisión en imprenta: Rogelio González Pérez. Cuidado de la edición: Cristina Baca Zapata, Delfina Careaga y el autor. Editor responsable: Félix Suárez.

